This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Sal 4466.10.100

SAL 4466.10.100

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

M. F. MANTILLA

NARRACIONES

(COLECCION DE ARTÍCULOS)

BUENOS AIRES

IMPRENTA EUROPEA, MORENO ESQUINA Á DEFENSA

1888

SAL4466.10.100
~~SAL6766.1.2~~
HARVARD COLLEGE LIBRARY
5 1915
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

1916

NARRACIONES

LA [illegible]

Pocas, muy pocas [illegible]
de la ciudad [illegible]
quién fué y qué [illegible]
el año 1818, cuando el [illegible]
Artigas [1] ocupaba la [illegible]
de tapes y negros. [illegible]
completo la generacion [illegible]
los restos contados [illegible]
con un pié en la tumba y la [illegible]
vacía de recuerdos.

La prolijidad de un contemporaneo [illegible]
dias de oprobio, permite felizmente [illegible]
gina olvidada que corresponde á La [illegible]
como era llamada—en la crónica de la [illegible]

Su Magestad guaraní Andresito, [illegible]

[1] Andrés Tacuarí (a) Artigas, uno de los [illegible]
José Artigas.

SAL4466. 10.100
~~SAL6766.1.2~~
HARVARD COLLEGE LIBRARY
APR 5 1915
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND

MAY 10 1916

NARRACIONES

LA MELCHORA

Pocas, muy pocas, deben ser las personas de la ciudad de Corrientes que sepan quién fué y qué hizo *Melchora Caburú* allá por el año 1818, cuando el indio misionero Andrés Artigas [1] ocupaba la provincia con su ejército de tapes y negros. Ha desaparecido casi por completo la generacion formada de entónces, y los restos contados que de ella quedan están con un pié en la tumba y la cabeza debilitada, vacía de recuerdos.

La prolijidad de un contemporáneo de aquellos dias de oprobio, permite felizmente llenar la página olvidada que corresponde á *La Melchora*—como era llamada—en la crónica de la época.

Su Magestad guaraní Andresito, parodiando,

1 Andrés Tacuari (a) Artigas, uno de los tenientes del caudillo oriental José Artigas.

sin saber, á los emperadores romanos, que compensaban al pueblo envilecido su esclavitud con pan y circo, y adelantándose á otros que sin ser emperadores han dado brillo á su *imperium* con *fiestas* y *cerveza*, [2] resolvió divertir á los habitantes de la capital de Corrientes y á sus tropas con bailes y pantominas indias, que ordenó se hicieran en los atrios de los templos durante las noches del 4, 5, 6 y 7 de octubre del año ya mencionado.

Las dos primeras noches fueron tranquilas las diversiones, sin borracheras, sin sablazos y sin ultrajes, incidentes obligados en toda reunion á que asistiera Andresito; los indios únicamente tomaban parte activa en ellas, ora bailando unos con otros, ora ejecutando ejercicios acrobáticos ó pantominas de puro gusto primitivo.

Pero se les ocurrió á los religiosos de Santo Domingo, el 6, noche de turno para su iglesia, reemplazar la naranjada, la horchata y la aloja, bebidas servidas en las anteriores funciones, con caña, la gran delicia del indio, por la ridícula vanidad de que el jaleo fuera mejor. Por supuesto, desde muy temprano, el general se echó á pecho baso tras baso de caña, pues hombre era de beberse sin reventar todo el rio Paraná, siendo de aguardiente; y á eso de las

2 La federalizacion forzada de la ciudad de Buenos Aires fué celebrada en 1881 con fiestas públicas y cerveza dada á discrecion en las plazas.

doce estaba en parasismo de furor, efecto ordinario de sus borracheras.

En lo mejor que doce indiecitos lucían sus habilidades formando una pirámide, Andrés se lanzó sobre ellos sable en mano, y empezó una paliza general que puso fin al baile, con mas de una costilla rota. Había notado la ausencia de algunos de sus oficiales y, no teniendo otro motivo que invocar para descargar su embriaguez, responsabilizó á la concurrencia y á los bailarines del hecho y les repartió sablazos hasta cansarse.

Inmediatamente despues, se trasladó á la Plaza Mayor é hizo tocar *generala*. Las tropas concurrieron en el acto, aguantándose en formacion hasta la venida del dia.

El fresco de la mañana no llegó á cabeza del general; mas aguardiente, sí, pues había seguido empinando el codo.

La aurora fué saludada con cincuenta lazazos, á nalga limpia, á cada uno de los oficiales que faltaron al baile. Eran los frailes domínicos quienes los merecían, por tontos.

Terminada la azotaina, despachó el general muchas partidas de caballería é infantería con órden de prender á los vecinos, escepcion hecha de sus allegados y los ingleses Robertson, por no haber concurrido á la generala de media noche. Felizmente, solo unas cien personas fueron llevadas á su presencia; muchos se escon-

dieron, otros se refugiaron en las iglesias y conventos, y otros compraron á las partidas.

El indio mandó á los presos que carpieran la plaza á mano vacía, la terraplenasen, la limpiasen de las inmundicias de sus soldados y removiesen de ella unas cincuenta carretadas de piedra, restos de la edificacion del cabildo; y, para mas eficacia de su mandato, puso sobre cada vecino un soldado con órden de hacerle trabajar sin descanso, á buenas ó á malas.

Todo se cumplió al pié de la letra. Ninguno de aquellos desdichados sacó el cuerpo libre de palo ó sable, ni hubo descanso para ellos, ni comieron, ni bebieron un trago de agua desde las ocho de la mañana hasta la puesta del sol, hora en que fueron encarcelados para continuar la faena el próximo dia.

El famoso Campbell pidió al general que les permitiera dormir en sus casas con obligacion de presentarse á la diana; pero el guardian de San Francisco, fray Luciano Alfonso, á quien respetaba Andrés, obtuvo el completo perdon de los infelices, muchos de los cuales hicieron cama por dias y dos murieron de resultas de los golpes recibidos.

A consecuencia de los hechos del dia y de la noche anterior, ni la gente del pueblo asistió al baile del 7, temiendo por sus costillas; y nueva borrachera de Andresito vengó la nueva

ofensa mas brutalmente aun que la anterior, pues dió libertad á los indios y negros de su escolta para que salieran á recojer *mujeres blancas* con quienes bailar.

¡Qué mas querían los bárbaros!

Respetaron, es cierto, las casas de las familias distinguidas; pero, en las demás, hicieron iniquidades. Puerta que encontraban cerrada, la volteaban; siendo mujer, aun las viejas, fueron arrastradas al atrio de la iglesia, vestidas ó desnudas, como las hallaban ó las levantaban de las camas; saquearon las casas y apalearon é hirieron á discrecion. Y cuidado con que ninguna de las víctimas llorase! Detras de la violencia de los soldados estaba el sable del general.

Las fiestas con el apéndice del arrebato de mujeres se hicieron muy frecuentes, casi diarias; y era llegar la noche que cada madre temblaba por sus hijas, los maridos por sus esposas y los hijos por sus madres. ¿Quien garantía que la casa respetada una vez no sería atropellada? Ninguna mujer estaba segura; todas las que podian ocultarse vivían escondidas, sobresaltadas en sus mismos refugios. Qué dias crueles fueron aquellos!

En tan angustiosa situacion, surgió de improviso, pues nadie la esperaba, la redentora de las correntinas.

Bien sentada, como hombre, en un caballo ensillado con apero chapeado, sable al cinto, la pollera atada en forma de chiripá, un pañuelo punzó al cuello y gran sombrero de palma en la cabeza, una mujer entró por las calles de Corrientes del 15 al 20 de octubre, con buena escolta de lanceros indios. Hizo alto en la casa de don Manuel de Vedoya, ocupada por Andresito, se apeó y entró en ella como en la suya.

Era Melchora Caburú, la querida predilecta del indio Andrés, mas conocida por *La Melchora*.

La perla del tape era una mujer blanca quemada del sol, de ojos azules y pelo castaño, ancha y mofletuda la cara, baja de estatura, de algun trato y mucha afabilidad para su clase y su vida. Andresito la adoraba tanto como un bárbaro puede amar; sin embargo, como la borrachera no reza con el amor, en sus momentos terribles, acostumbraba sacudirle el polvo con su sable.

Por su propia esperiencia ó por que fuese buena, jamás se enorgulleció de su *posicion distinguida*, ni la empleó en daño ajeno; al contrario: era humilde, y los indios la querían por que su influencia estaba siempre á favor de ellos á punto de que muchas veces sufría sendas palizas por salvarlos.

Despues del primer baile con arrebato de mu-

jeres á que asistió, se dedicó á conseguir el retiro de la autorizacion brutal dada á la soldadesca la noche del 7, jugando la maña que requería la empedernida torpeza de su poderoso amante. Y fué feliz; porque sin palo ni sable sobre sus costillas, por el pedido, libertó á las correntinas del suplicio en que vivían.

Era mujer! Aunque arrastrada por el fango de una vida licenciosa, tal vez por violencia, llevaba aun en su alma el gérmen de la grandeza de su sexo: la generosidad.

UNA COMEDIA Ó LA VIDA

UANDO Blas Basualdo, indio de sangre pura, despues de sofocar la reaccion de Perugorría en 1814, se apoderó de la provincia de Corrientes, puso en ella de gobernador intendente al capitan José Silva, miliciano antiguo, que había tomado parte en la guerra con los españoles durante el año 1811, en clase de jefe de un regimiento de caballería correntina.

El tal Silva era un perfecto é irreprochable estólido, como algunos que en los últimos siete años han sido clavados por otros Basualdos en el mismo puesto y en la misma provincia. Apenas tenía conciencia de que él era José Silva; y pensar que se diera cuenta de su posicion, de sus deberes, de lo que era gobierno, administracion, política, derecho, justicia, equivaldría á esperar de los pollinos de hoy el milagro atribuido á la burra de Balaham.

Así fué tambien su mando! La nave del Es-

tado—frase consagrada—corría á merced de la barbarie artiguista.

Sus mismos amigos se cansaron del sandio y lo depusieron, haciendo cabeza en la revolucion el capitan Miguel Escobar. Pero, Gabriel Casco, caudillo feroz del sur, corrió á la capital en proteccion suya, y lo repuso en el poder el mismo dia que el notario Araujo recibía felicitaciones por su exaltacion al gobierno.

Uno de los revolucionarios, de boca, había sido don Manuel Canañas de Santa Cruz, titulado doctor, español, hombre hablador y entrometido, que, buscando una posicion, cayó en Corrientes como de la luna, no hacía mucho tiempo.

Como siempre, el hilo se cortó por lo mas delgado.

Canañas era un ave de paso, sin familia, sin bienes, sin grandes amistades; por cuyas circunstancias no merecía las consideraciones que podía dispensarse á los Escobar, bien agarrados del poncho de Artigas. Cayeron, pues, sobre él, aun que poco hizo, y le metieron en la cárcel con una respetable barra de grillos.

En tan poco agradable situacion, preámbulo casi seguro de fusilamiento ó degüello, un rayo de esperanza reanimó su espíritu postrado.

Una mañana, presentósele de improviso el ayudante del gobernador, é invocando órden de éste, le dijo: « *Si Vd. quiere salvar la vida*,

tiene que escribir una comedia sobre la causa de América».

No digo comedias: óperas y poemas épicos habría prometido el preso; y, radiante de júbilo, respondió: *si, la escribiré.*

Para que su musa pudiera tender libremente el vuelo, le fueron quitados los grillos: que entónces, parece, estaba en razon directa de la libertad de las piernas el estro dramático. Y empezaron los apuros del preso desgraciado!

Nunca se había visto en un aprieto igual. *¡Una comedia ó el pescuezo!* era el dilema. Y en la eleccion no cabía duda: la comedia antes que el pescuezo. ¿Mas, cómo desollaba la zorra?

Pobre hombre! Se apretaba la cabeza con estremecimiento para hacerla producir ideas, y no nacían; se paseaba á largos trancos en su desesperacion, sudoroso, hablando, accionando ó interrogando con la vista las cuatro paredes de su prision, pero ninguna de las nueve bellas moradoras del Helicon se apiadaba de él y le enviaba una caricia. Impotente y rabioso pasó los primeros dias, sin poder trazar una línea sobre el primer cuadernillo de papel de hilo ordinario que tenía preparado sobre una raída mesita de tosquísima construccion, al lado de un tinterito de barro, una pluma de ave y un candil de tierra cruda provisto de aceite de potro. Pero una mañana, tras larga noche de insomnio,

iluminado tal vez por nuevas lenguas de fuego—pues el sol le llegaba por veinte ó treinta agujeros que tenía el techo de su vivienda obligada—se acomodó en su silla de vaqueta, tomó la pluma con mano nerviosa y escribió lo siguiente:

Ó VIVIR EN LIBERTAD Ó MORIR EN SU DEFENSA

Era el título de su comedia, cazado al fin!

Ese dia, otro y otros mas, escribió sin levantar cabeza, despreciando con indiferencia cruel los gritos de la cansada pluma y sus nobles protestas contra los crímenes que á su pesar cometía de minuto en minuto contra el arte. Nada; acabar era la cuestion, saliera como saliese la comedia, figuraran ó no en ella bueyes voladores y bueyes generales discutiendo con Boadil, Platon é Idomeneo, como en otra de posterior fecha que por allí anda. Cuando Canañas mató al último maturrango de los que figuraban en su obra, esclamó: Ya estoy salvado!

Bien copiada en grande y clara letra española, presentó su trabajo al Cabildo, acompañado de la nota siguiente:—

« Tengo la dulce satisfaccion de acusar la con-
» clusion de la Comedia que se confió á mi
» sucinto discurso: ella es una obra, que desen-
» tendiéndose V. E. de la escasez de sus ador-
» nos, es apreciable por la materia de que trata:

» esta no es otra que la verdadera esplicacion
» de la causa justísima que ha tenido la Amé-
» rica para su revolucion, asunto por cierto in-
» teresante á todo buen americano. Esta abulta-
» da materia útil aun para los menos instruidos,
» no puede desempeñarse por cualquier sugeto,
» pues necesita verse acompañada de viva voz
» con toda la propiedad posible. De aquí es
» que habiéndoseme dicho que con concepto al
» conocimiento que tengo de los papeles que
» se han de representar insinuase los sujetos
» mas instruidos que pudiesen dar el lleno á
» esta diversion pública, digo que los que he
» encontrado son los que cito en la adjunta
» lista. »

El Cabildo celebró acuerdo. Su resolucion sobre el punto decía: « A consecuencia de que
» este ilustre Cabildo se halla sin conocimiento
» particular á esta representacion de oficio; ac-
» cede y se conforma en que se verifique, y se
» pase al Regidor Alguacil Mayor para que lo
» pase al señor Gobernador Intendente para lo
» que sea procedente. »

¿Lo ha entendido el lector?

La comedia se representó bajo la direccion del autor, en la casa de Silva, y fué recibida con gran entusiasmo y general aprobacion, segun un cronista de la época.

En buena ley, Canañas había pagado con

usura su vida en las condiciones de la intimacion que recibió; pero como la palabra lealtad no existía en el diccionario artiguista, dió el pobre comedia y cabeza.

Vuelto á la cárcel despues de su triunfo dramático y cuando ya se contaba garantido, fué bárbaramente asesinado por sus guardianes, no habiéndole valido sus gritos desesperados de socorro, ni su pedido de un corto plazo para prepararse á morir reconciliado con Dios, pues confesó ser fraile agustino apóstata.

CRISTO Y ANTE CRISTO

No se trata del Hijo de María muerto en el suplicio de cruz por redimir al hombre ni del enviado del diablo anunciado por los profetas y los padres de la Iglesia. Son héroes de esta tradicion dos hermanos Balmaceda, bribones de cuenta, que, por marzo de 1822, pusieron en conmocion los distritos fronterizos de Corrientes y Entre-Rios.

Un cándido paisano buscaba cierto caballo estimado que se le había desaparecido, con esa indeclinable paciencia y esa mirada escudriñadora á la que nada escapa, peculiar en los hombres de campo en casos semejantes: cuando, en lo mas fragozo de los montes de Feliciano, paraje *Monte Grande*, dió con una miserable ramadita bajo la cual estaban dos individuos al parecer moradores de ella. El de mas edad tenía larga y desgreñada cabellera y una especie de túnica incolora; el otro vestía raído chiripá

envuelto á la cintura como pollera y sin camisa. La ramadita no resguardaba del sol ni de la lluvia.

El paisano tuvo miedo, y hubo de retroceder; pero cuando lo intentó, salió á su encuentro el de mas edad y con voz grave le dijo: « Aquí » estoy, pecador, para salvarte. Acércate á tu » Dios, que él te salvará ».

El lugar, el aspecto de aquellos hombres, su vivienda, el nombre que se daba el uno, y quién sabe cuántas circunstancias mas, de las muchas que hacen tan supersticiosos á los gauchos, produjeron una impresion tal en el paisano, que maquinalmente picó su caballo y se aproximó á la ramadita, sin él mismo saber á qué iba.

Supo allí, atónito, la siguiente historia:

« Años hacía que el Dios del cielo había enviado á la tierra dos representantes suyos para curar enfermos, resucitar muertos, salvar á las almas del pecado y modificar la religion, los usos y el sistema social; pero á causa de la interminable guerra fomentada por los demonios, no habían podido cumplir su mision y se retiraron á un desierto para no sufrir el castigo de cruz, como otra vez ya lo sufrió uno de ellos, en Jerusalem, hasta que terminado el imperio del demonio pudieran predicar su doctrina; pues estaba prometido que un paisano humilde sería llevado hasta ellos por la Providencia como

anuncio de la era de paz. El de túnica larga era *Cristo, dios en la tierra*, y el otro *Ante-Cristo*, su segundo. La vida que hacían era una prueba de su carácter divino. Allí nada tenían para alimentarse, vestirse, ni defenderse: carecían de cama, de techo y de abrigo; á pesar de todo lo cual, nada les faltaba porque los animales feroces, los pájaros, la naturaleza toda, proveían espontáneamente á sus necesidades. La hora solemne había llegado. La pérdida del caballo que buscaba el paisano era preparada por el Dios del cielo á fin de que la profesía del encuentro se cumpliera ».

De buena labia y de penetracion debió ser *Cristo* cuando se dió maña para hacer creer al pobre paisano cuanto desatino ensartó en su larga charla; pues lo cierto es que el infeliz olvidó su caballo y salió del monte á revelar el misterio descubierto, corriendo de rancho en rancho y de pago en pago.

Al principio, fueron pocos los tontos. Pero la supersticion avivada con las narraciones de hechos sobre-naturales vistos por los que llegaban á presencia de *Cristo*, venció el buen sentido de los primeros momentos; y de todas partes se dirigió la gente á *Monte Grande* para adorar al dios de la tierra.

Un gran número de hombres y de familias, inmensa carretería, haciendas de todas clases, dieron

pueblo y corte al bribon. Era adorado mas que las imágenes de los templos; cientos de ofrendas y de regalos recibía; cuanto mandaba se hacía en el acto; una uña de *Cristo* y un pelo de *Ante-Cristo* era una reliquia, y servía de remedio *eficaz* la saliva de ellos é infusiones que hacían de sus andrajos. Loco era el entusiasmo de la estupidez.

Y qué de disparates y de barbaridades mandaba *Cristo*!

Abolió la *Doctrina Cristiana* y las oraciones todas, menos el Credo, el Acto de contricion y la Salve.

Prohibió mandar los niños á la escuela, y toda lectura y escritura.

Instituyó dos *Reyes*: el uno para recoger y guardar toda prenda de plata y oro, y el otro para hacer de jefe á la multitud.

En prevision de un levantamiento, fulminó anatema contra toda clase de armas.

Matrimonio que llegaba ante él, era inmediatamente deshecho, vivieran ó no en paz los casados, tuvieran ó no hijos, fuesen ó no jóvenes; la mujer pasaba á disposicion de *Cristo*, quien le daba nuevo marido despues de algunos dias de *penitencia solitaria*, y el hombre quedaba esperando nueva mujer, al gusto del dios tambien.

Los casamientos que hacía eran por edad:

jóven con jóven y viejo con vieja. Cuántas sin esperanzas ya, cuántas amarradas á momias ú hospitales andantes, querrían hoy un otro *Cristo* como aquel!

El dios tomó para esposa la mejor chinita de su grey, y mandó en festejo de su union que las madres se casaran con sus hijos!

En fin—como decía el teniente Rosales—se necesita ciencia y paciencia para contar cuanto hizo.

El vecindario del Sauce se marchó casi todo al *Monte Grande*, y otro tanto hicieron los de Feliciano y Mandisoby; sin que hubiera medio de convencer á la gente que era el juguete de un esplotador. Nada! Se les había metido entre ceja y ceja que *Cristo*, *dios en la tierra*, *y Ante-Cristo*, su segundo, eran realmente dioses.

« Estamos confundidos, sin saber qué deter-
» minar con tanto barullo—decía el teniente
» Juan Tomás Rosales, jefe del Sauce—porque
» el vecindario no quiere escuchar nada y al-
» gunos hombres que vienen de donde está el
» que se llama *Cristo*, están medio distraidos
» y locos ».

El comandante de Esquina, José Lopez, que no tenía pelo de tonto, no estaba dispuesto á consentir que dos bribones causaran la despoblacion del Sauce y robaran á los tontos sus joyas y sus animales. En nota de 28 de abril

comunicó al gobernador don Juan José Fernandez Blanco el proyecto que había formado, en los términos siguientes: « He resuelto tomar 25 » hombres y con el cura de este pueblo mar- » char al *Monte Calvario* á reconocer qué hom- » bre ó diablo es el *Cristo*, y asegurado condu- » cirlo á este punto para luego remitirlo á V. E. » con la correspondiente sumaria; pues á pesar » de que Feliciano es jurisdiccion de Mandisoby, » he oficiado anticipadamente al comandante de » aquel punto á fin de que no se resienta ».

Como pensaba Lopez, procedió antes el comandante del Mandisoby. En marcha ya el primero, recibió parte del segundo de haber prendido y engrillado á los enviados de Dios y cuatro compañeros mas; los cuales, prévios cien lazasos á cada uno, fueron remitidos al pueblo Arroyo de la China.

Mucho costó el restituir á sus hogares el familiaje reunido á los bribones. Hubo quien prefiriera morir ántes que abandonar el *sagrado* lugar, como hubo quien pidiera con lágrimas ser prendido con los *santos*. La fuerza tuvo que hacer de las suyas, sin efusion de sangre, para arrancar de *Monte Grande* la muchedumbre estúpida.

Cristo y Ante-Cristo, con las nalgas bien sobadas mas de una vez, pararon en un batallon

de infantería; pero los recuerdos quedaron por años en sus adoradores, y quizá haya todavía alguna vieja octogenaria en el Sauce, Feliciano ó Mandisoby que pueda referir sus milagros.

LAS CABEZAS

DE LOS HERMANOS ESCOBAR

ANDRESITO había evacuado la provincia de Corrientes con la mayor parte de sus fuerzas indígenas, dejando de gobernador nominal á Juan Bautista Mendez, y de real y efectivo al irlandés Pedro Campbell, almirante de la escuadra artiguista en el Rio Paraná.

Sobre las ruinas que detrás quedaron no se levantaban ni moscas. Mendez era un torpe y Campbell un borracho consuetudinario feroz; y ambos cumplian al pié de la letra esta declaracion del primero en una proclama del 3 de noviembre de 1818: «*Pondré espias hasta en lo « mas oculto de las casas para saber hasta los « últimos resuellos que dán.*»

El capitan Miguel Escobar se atrevió, sin embargo, á levantarse contra Mendez, con propósitos esencialmente personales: y, cayendo de

sorpresa sobre Curuzú-Cuatiá, ocupó fácilmente la poblacion.

La noticia del suceso casi mató de susto á Mendez, que era un flojo de primer órden; pues con el antecedente de la revolucion de Vedoya, en el año anterior, y la conciencia de sus maldades, se creía ya depuesto, preso y fusilado esta vez.

Campbell, corrió luego á situarse en San Roque con 300 hombres para observar los movimientos de Escobar y esperar allí la incorporacion del gobernador, que debía salir á campaña; y Sity, jefe indio dejado por Andresito, se situó en Goya.

Era el dia 7 de junio de 1819. Llovía torrencialmente en la ciudad de Corrientes; pero con temporal y todo, movió tal tropel y alboroto el cumplimiento de las órdenes del gobernador, que la poblacion creyó tener encima algun enemigo. Arrebato general de caballos y de monturas particulares: movimiento de tropas; preparacion de cañones; bandos anunciados á toque de tambor en las esquinas; y, lo que era peor, *generala*, producían un verdadero infierno.

Solo 16 ó 20 personas concurrieron á los portales del Cabildo, donde se hallaba Mendez con sus íntimos. Las calles hechas rios y el despojo de los caballos, único medio de pasarlas, formaban una escusa lejítima para los inasistentes.

El gobernador arengó al pueblo aquel, *llorando como un muchacho de escuela cuando lo castiga su maestro*—dice un testigo presencial—tal era su miedo cerval; habiéndose limitado á decir que si Escobar triunfase, « el señor Comandante general reconquistador don Andrés Artigas volvería nuevamente con sus fuerzas libres occidentales guaraníes y reduciría á cenizas la provincia ».

Todo el barullo y el lloriqueo nacía de haber exigido Campbell que Mendez marchara inmediatamente.

La lluvia incesante causó la postergacion de la salida hasta el próximo dia.

El *nuevo* Mal'borough *se fué á la guerra* con todas las tropas de la ciudad, llevándose cuanta arma había. Los *cívicos* quedaron de servicio, armados de malas lanzas y ocho fusiles deshechos. Iban con él, en calidad de presos, don Miguel Gramajo, el comerciante don José Garrido, los hermanos Juan Vicente y Juan Gregorio Alegre y tres paisanos mas.

A la altura del Empedrado, un chasque de Campbell le dió la inesperada nueva de que José Gabriel Casco, comandante de Curuzú-Cuatiá, había sorprendido y derrotado á Escobar en *Abalos*, estancia de Fernandez, matándole tres hombres y tomando treintaiseis prisioneros.

Mendez volvió en sí con aquello. Continuó,

empero, su marcha hasta San Roque, poniendo antes en libertad á Gramajo y haciendo retroceder al indio Abearé, de los de Andresito, con sesenta hombres, para sosten de su delegado José Silva, otro que bien bailaba. Campbell lo recibió en triunfo, es decir, con buena provision de caña.

El movimiento de Escobar fué una chirinada. Ocupado el pueblo de Curuzú-Cuatiá, tuvo que abandonarlo por falta de elementos; y, derrotado en *Abalos*, huyó hácia el norte buscando la incorporacion del alferez José Mariano Torres, jefe de una gavilla de bandoleros. Su comitiva se componía de catorce hombres y sus tres hermanos el maestro Angel José, José Luis y Domingo: estos dos muy jóvenes, de 23 años el uno y de 19 el otro; los cuales se vieron envueltos en el levantamiento por haber ido á visitar el capitan.

Los fugitivos pasaron el Rio Corrientes en Santillan; y, tomando el Medio y caminando por los palmares, lograron burlar la vigilancia de las muchas partidas que tenía Campbell diseminadas entre los rios Corrientes y Santa-Lucia, y llegaron al paso Aguirre, de este último, la noche del 13 de junio. En momentos que se preparaban á transportarse á la banda opuesta, cayó sobre ellos el inglés Juan Tomás Ardét, segundo de Campbell. Los jóvenes José Luis y Domingo

Escobar y nueve mas fueron tomados, escapando el capitan, don Miguel Antonio, un criado y cuatro acompañantes, por haberse arrojado al rio. Los once prisioneros fueron degollados inmediatamente; y, cortadas las cabezas de los dos hermanos Escobar, fueron remitidas á Mendez como trofeo.

Este salvaje—otro calificativo no merece—hizo clavar en lanzas las dos cabezas y las exhibió por un dia en la plaza de San Roque; despues de lo cual, comisionó á su sobrino Juan Pascual Meza para conducirlas á la capital y presentarlas al Cabildo, á fin de que, con ellas á la vista, se leyera á la poblacion una proclama suya y se cumplieran instrucciones que daba para escarmiento.

Las cabezas llegaron la noche del 17, instantes despues de haber contraido matrimonio con don Rafael Cavia la señorita Francisca Escobar, hermana de las víctimas.

Nadie conocía el hecho.

El 18 muy temprano se tocó *generala* en todas las calles. Tropas y vecinos concurrieron á la Plaza Mayor, hoy *25 de Mayo*. Una mesa había en el centro de ella, guardada por un soldado, y sobre ella un objeto tapado con trapo colorado. Silva estaba allí con todos los miembros del Cabildo, y cerca de él el pregonero público con papeles en la mano. El gobernador

ordenó á la concurrencia que se agrupase en derredor de la mesa, y, cuando así se hizo, tiró el trapo colorado de una de las puntas y quedaron descubiertas las dos cabezas de los Escobar! Horror y espanto causó en todos aquella brutal exhibicion! Pero ¿quien chistaba, quién osaba retirarse? Había que sufrir la tortura!

Acto contínuo, el pregonero dió lectura de una proclama de Mendez, que comenzaba así, testual:

« Acabo de recibir esas dos cabezas humanas » revolucionarias y tomo la determinacion de » remitir á la capital este escarmiento que de » todas suertes había de perpetrarse. Haí teneis » hermanos el fin desastroso en que bienen á » parar los ambiciosos del gobierno. Veis allí » en lo que bienen á parar los que han olvi- » dado la Religion. Desengañaos pues y no » espereis el mismo fin que os aguarda!! »

Tras de la ostentacion del crímen, el escarnio!

Terminada la lectura de la proclama y de otros papeles, fué levantada la mesa con las cabezas y llevada á los corredores de la iglesia Matriz, siguiendo detrás la concurrencia y la tropa, presididos por Silva.

Allí hubo otra víctima.

El jefe que mandaba los soldados, Abearé, por mandato de Silva, hizo traer de su casa al presbítero don Juan Paulino Cabral, el cual fué

obligado á predicar un sermon sobre la santidad de aquella fiesta de caníbales.

Pero el programa oficial no estaba aun llenado: faltaba matar de dolor á la madre y hermanas de los degollados.

Puestas las cabezas en una fuente de plata, bien cubiertas, las levantó un oficial, y la procesion de sangre se dirijió á la casa habitacion de doña Francisca de Alencastro de Escobar, madre infeliz de los degollados.

Cuando dicha señora vió que se detenía delante de su casa aquella porcion de gente y de soldados armados, creyó que iban á prenderla, porque uso de la época era (y los federales lo practican aun) castigar en las madres, hijas y esposas los hechos de sus deudos; y con el objeto de evitar atropellos y violencias en las demas personas indefensas de su familia, salió al porton con simpática entereza.

El conductor de las cabezas se adelantó hácia ella, y, haciendo ademan de entregarle la fuente, le dijo: « De órden del señor gobernador le traigo este regalo ».

« ¿Para mí? »—respondió admirada la señora.

« Sí, para Vd »—contestó el oficial.

La desdichada madre descubrió la fuente, lanzó un grito espantoso y cayó redonda como herida por un rayo.

El oficial arrojó en tierra las dos cabezas, se incorporó á la prosecion y esta retrocedió hasta la plaza para disolverse.

Las instrucciones de Mendez estaban llenadas y satisfecha la justicia del sistema artiguista!

UN LIBRO CONDENADO AL FUEGO

Dia fué de mucho movimiento el 20 de abril de 1811, para el Cabildo, Justicia y Regimiento, Padres de la República, Clerecía y representantes de las comunidades religiosas de la ciudad de Vera, en las Siete Corrientes; como que de complacer en todo se trataba á un soldado guazo y altanero llamado Jaime Ferrer, convertido de improviso en señor absoluto de ellos, á título de ser comandante en jefe de la escuadra y fuerzas paraguayas posesionadas de la ciudad á nombre de Fernando séptimo.

Dos congresos, como llamaban á sus reuniones, celebraron: hasta las once de la mañana, el uno, y de cinco á siete de la noche, el otro; aquel, por acto deliberado aunque no espontáneo, y el otro por órden del amo del dia.

Muy de tarde en tarde y por graves asuntos tenían lugar aquellas reuniones de la categoría, y por sí solas eran acontecimientos que daban tema de conversacion por semanas y hasta por

meses; pero las del dia mencionado tenían el carácter de verdaderos acontecimientos, por sus objetos: sério el uno, ridículo el otro.

A las diez en punto de la mañana, por cuadrante, la Sala Capitular contenía á casi todos los invitados por el Mayordomo de ciudad para jurar y solemnizar la jura del Consejo de la Regencia de la Isla de Leon. Cada uno había vaciado su baul. Sotanas de seda, hábitos nuevos, levitas y fracs bien aplanchados, uniformes militares, colas, peinados empolvados, coronas bien rapadas, todos los trajes y todos los asistentes estaban irreprochables segun la gala de esos buenos y patriarcales tiempos. Ninguno había que fuera á deliberar para su bolsillo, como ahora, ni quien inspirase miedo á su vecino por sus largas y afiladas uñas, como ahora tambien. Era la flor y nata del pueblo, bien poco ilustrados los mas, pero que valían oro en polvo como honradez privada y pública. Los *sarracenos* no cabían de contento en sus ropas, al revés de los criollos patriotas que tenían impreso en el semblante la repugnancia que esperimentaban.

Instalada la Asamblea bajo la presidencia del Alcalde de primer voto, en ausencia del Teniente gobernador, que andaba disparando por las Lomas, y prévia lectura indigesta de cuanto papel tonto quiso mandar Ferrer al Cabildo, el Regidor décano, propietario, don Félix de Lla-

nos, recibió de manos del presidente los decretos y circulares del Consejo de la Regencia, relativos al reconocimiento de su autoridad: y, habiéndolos besado y luego puesto sobre la cabeza en prueba de sumision á ellos, procedió á tomar juramento á los circunstantes, al tenor del formulario que venía prescrito.

Repiques de campanas en todas las iglesias y salvas de artillería en los buques paraguayos, anunciaron una hora despues que la ciudad de Corrientes volvía á la dominacion peninsular, por la fuerza á pesar de todo.

En momentos que los notables pensaban retirarse para hacer su comida de medio dia y en seguida echar su buena siesta, el capitan Zerja llegó con órden de Ferrer para la celebracion de otro congreso pór la tarde; pues de asuntos de altísima importancia y de muy seria responsabilidad tenía que pedir cuenta al Cabildo. Ni los sarracenos, uña y carne con Ferrer, sospecharon cuál sería el motivo de tan inesperada intimacion. No dice la crónica qué pensaron los patriotas; pero, es de inferirse, que, si no temieron por sus pescuezos, temerian por sus bienes y que no debieron comer tranquilos ni gozarian, como de costumbre, de la tradicional siesta.

A las cinco de la tarde se juntaron nuevamente en la Sala Capitular, con asistencia, en lugar preferente, de Jaime Ferrer, armado de

gran sable. Las miradas todas estaban fijas en él; no se oía ni el ruido de las respiraciones; cada asistente esperaba ansioso de sus labios la esposicion del hecho que producía su enojo.

No se hizo desear mucho. Sin preámbulos y en gerigonza de guaraní y castellano, se le agachó con furia *á la cabildo* por haberle ocultado la existencia, en su archivo, de dos tomitos de una obra contra la religion Católica, Apostólica, Romana y contra el Rey, su señor y amo; y exijió que le fueran entregados inmediatamente en desagravio de la ofensa, pues á eso limitaba su generosidad el castigo en atencion á la *espontaneidad* y *pompa* con que se acababa de jurar los poderes de la España.

Los miembros del Ayuntamiento volvieron en sí: otra se esperaban. Cada uno, en la mas suave forma posible, dió esplicaciones al airado comandante; permitiéndose todos observar *humildemente* que la estraccion debía efectuarse prévio acuerdo que la hiciera constar, á fin de salvar la responsabilidad de los funcionarios, porque la introduccion de los dos tomitos había sido tambien acordada, como dirijidos por la Junta Gubernativa. ¡Que tiempos aquellos, en que por no aparecer ladrones de un libro insignificante de propiedad pública, todos los cabildantes de Corrientes se espusieron á ser molidos á sablazos por un bárbaro! Hoy . . . . . .

Los Padres de la República, la Clerecía y los representantes de las comunidades religiosas estaban á oscuras de lo que se trataba, pues no sabían qué tomitos eran, ni de qué trataban, ni quién los había escrito. Tampoco lo sabía Ferrer, autor del barullo por díceres. Pidieron, pues, aquellos conocerlos, y el comandante ordenó que se abriesen y leyesen al congreso. Fué encargado de esta parte de la petipieza el doctor en cánones don Juan Francisco de Castro y Careaga, cura y vicario de la ciudad. El mismo sacó del armario embutido en la pared, que guardaba el archivo, los malditos tomitos perseguidos; y, parado en medio de la sala, con voz pausada y grave leyó en la tapa de uno de ellos lo siguiente:

DEL CONTRATO SOCIAL

ó principios del derecho político. Obra escrita por el ciudadano Juan Jacobo Rousseau (como se escribe).

¡El hereje!—esclamaron asombrados algunos de hábito y sotana.

¡El mismo!—contestó Ferrer, que en su vida había oído tal nombre y que no conocía mas herejes que los zapos y las ranas de las charcos de agua de las calles de Ñéembucú.

Careaga abrió el libro al azar y leyó algunas

de sus páginas. Al principio glosaba los períodos con gesticulaciones que se hubiera podido tomar, ignorando la causa, por efecto de un atroz dolor de barriga; pero se entusiasmó tanto, á poco andar, que cerró el libro para espetar al congreso un sermon sobre las doctrinas seductivas y heréticas de la obra; y fué aquel un desfile interminable de legiones de demonios, de millares de hombres con quintales de pecados á cuesta, de Santos Padres, solos ó enancados, Papas, Concilios y cuanto trasto viejo inservible figura siempre, entre rayos y centellas, en la oratoria nada convincente del púlpito. Y encarándose, al fin, bien cuadrado, con los reverendos padres prelados, les dijo: «*No es así como yo digo, Señores*». Claro es que así tenía que ser, *por que él lo habia dicho*; y un *así es* mas largo que oficio de Sábado Santo, contestó su pregunta. Buen cuidado tuvieron de no chistar los que reían interiormente de los disparates escuchados, y, por el contrario, los aplaudieron.

Ferrer saboreaba su triunfo relamiéndose el labio y alzando cada vez mas arriba su pierna izquierda cruzada sobre la derecha y aprisionada por su dos brazos. Que todo aquel ilustre cuerpo condenara una obra por él perseguida —sin ser conocida ni de él ni de ninguno de los reunidos— era una prueba de su tino y habilidad.

Esta es la mía, se dijo Careaga; y, prévia

demostracion de que el segundo tomito era continuacion del leído y del mismo autor, propuso: «Que sin otro exámen ni mas reconocimiento, se diesen al fuego los dos tomitos del *Contrato Social* por mano del ejecutor público;» añadiendo que así lo disponía y lo mandaba él, el doctor Castro y Careaga, por que estaba facultado para ello en ausencia del señor Comisario en propiedad de la Inquisicion, maestro y cura don Juan José Arce. Parte y juez fué el tal Careaga contra los pobres é indefensos tomitos.

Los circunstantes no alteraron con réplicas el órden sepulcral de la sesion. Ferrer acariciaba de vez en cuando su sable.

Pues el doctor Careaga lo mandaba, fundado en las leyes civiles y canónicas—dijeron todos—que el verdugo queme los libros; y quedó irrevocablemente condenado á la hoguera el catecismo político qué el ilustre Mariano Moreno puso en lengua española para la educacion del nuevo pueblo soberano, que surgía del vireinato del Rio de la Plata.

Pero alli no paró el ridículo.

Tomó la palabra el mas conspicuo personaje sarraceno, don Felix de Llanos, y dirijiéndose al Comandante le hizo ver cómo él y el Cabildo eran inocentes de herejía, pues no habían leido el *Contrato Social* por ser costumbre limitarse á guardar impresos de volúmen como aquél, á fin

de no perder tienpo; y que el Cabildo jamás había reconocido otra ley que la de la religion Católica, Apostólica, Romana, introducida y sostenida por sus abuelos, dispuestos en todo tiempo sus miembros á perder por ella la última gota de sangre.

¡Como sería aquel señor!

Ferrer hizo una inclinacion aprobatoria de cabeza á tan peregrina salida, y ordenó que todos dieran opinion sobre los mismos puntos. De un estremo á otro de la sala y por órden de colocacion corrió de boca en boca esta declaracion: « Lo dicho por el señor Regidor décano en propiedad es una verdad, y en tiempo ni manera alguna se ha ejecutado, visto ni oido la mas mínima cosa en contrario ». El Comandante paraguayo, convertido momentáneamente en Obispo ó Papa, declaró á todos los congregados puros é inmaculados católicos: ponderó su ardiente religiosidad: echó algunos ternos contra la Junta Gobernativa y dió por terminado el congreso.

El siguiente dia, el doctor Castro y Careaga pasó nota á Ferrer previniéndole haber escomulgado al que leyere ó hubiese leido el *Contrato Social*; y, el 27 del mismo mes, el Cabildo le remitió los dos tomitos de su archivo, los cuales fueron realmente quemados en el atrio de Iglesia Matriz, haciendo él de verdugo.

¿UN PRESAGIO?

El 25 de diciembre de 1838, desembarcó en el puerto de la entónces villa de Goya el coronel de *Granaderos á caballo* Genaro Beron de Astrada, Gobernador y Capitan general de la provincia de Corrientes. Había partido de la capital, y se dirijía al campamento general del primer *Ejército Libertador* cuyo comando iba á tomar para declarar la guerra al tirano Juan Manuel Rosas y abrir campaña sobre las tropas federales alistadas en la vecina provincia de Entre-Rios.

La pequeña poblacion estaba casi vacía de hombres. Sus vecinos y los de la campaña á que servía de cabeza se encontraban en *Abalos*, lugar donde el patriotismo entusiasta reunía á los correntinos de todos los vientos. El juez de paz, el comandante interino, los empleados de Aduana y Resguardo, las personas de edad, pocos estrangeros, eran los que había; y ellos fueron los que hicieron los honores de una re-

cepcion popular al que consigo llevaba la suerte de Corrientes y las esperanzas de todos los argentinos dignos.

Injusticia fuera callar que la tradicional galantería de las damas goyanas y su nunca desmentido patriotismo alentador agregaron luego inequívocas muestras de simpatía hácia el distinguido huesped, cuya modesta habitacion en la comandancia no tardó en llenarse de ramilletes de flores, coronas y obsequios de todo género.

Dos dias demoró Astrada. El 28 temprano, al apuntar el sol, él, su escolta y una comitiva de vecinos, que se brindaron para acompañarle hasta cierta distancia, montaron á caballo y se pusieron en marcha.

Goya no conocía todavía matadero público. Cada dueño de animal destinado al consumo, gozaba de la bendita libertad de matar su rez donde le daba la soberana gana; la conveniencia era la ley, sin tener nadie que sufrir petardos de ningun vigilante, ni temer la aparicion de ningun encargado de la limpieza é higiene públicas. Y cuantos bueyes, novillos, vacas ó terneros se mataba, segun prometía el espendio de carne para el consumo ó el capricho de tener provicion para toda una semana, tantos otros eran los charcos de sangre cuagulada, con el agregado de panzas con bosta, tripas, pulmones, higado y patas, que quedaban donde cayó la

víctima del hambre del hombre, y allí permanecían hasta que los perros, los cuervos, los caranchos y caranchillos allaban la destruccion de aquellos desperdicios, que la accion solar y la corriente de las aguas pluviales hacían desaparecer despues.

Por esto no hay que alarmarse ni poner gesto hosco los que de Goya son: peor fué el orígen del Imperio Romano; y pues hoy tienen cuanto exige el bien merecido título de ciudad que lleva su vecindario, puede contarse sin peligro de oir protestas en todas direcciones como se hacían allí las carneadas la mañana aquella que Beron de Astrada salía en direccion á su ejército.

El Gobernador marchaba adelante, llevando á su derecha al comandante, á su izquierda á don Gregorio Pampin, despues de estos, en ambos lados, dos caballeros mas, otros en fila de seis atrás, y la escolta de *Granaderos á caballo* á lo último. Cabalgaba en un zaino negro de magníficas formas, y vestía negra casaca española de coronel, bien abrochada, pantalon de casimir blanco con franja de oro, kepí y botas granaderas.

Animada conversacion sobre los sucesos del dia, el entusiasmo febril de la provincia, el estado del ejército, llevaba entretenidos á los que dirigían la columna en marcha al paso lento de los caballos, los cuales y no sus amos, como sucede en casos análogos, elegían el camino. Al terminar la calle que seguían, se vieron sobre

los restos de una carneada reciente; y, sin tiempo para desviarlos, pasaron sobre ellos descuidadamente. El montado del comandante asentó casualmente la mano izquierda en un pequeño y superficial pozo lleno de sangre, y, con la presion ejercida por el casco del animal sobre la masa líquida aun, saltó un chorro de sangre que manchó solo á Beron de Astrada, dejando sobre su cuerpo una línea roja, que principiaba en la pierna derecha y terminaba sobre el corazon.

« Mira Gregorio »—dijo Astrada á Pampin, enseñándole la mancha—y luego agregó: « Si yo hubiera sido un romano, no marcharía á esta campaña, por que interpretaría esta casualidad como un presagio de muerte. Felizmente, vivimos en otros tiempos y podemos reirnos de los augurios ». La conversacion que seguían se interrumpió para tratar del mejor modo de sacar la mancha al casimir blanco, carísimo y muy escaso entónces en Corrientes, sin pensar ya ninguno en la casualidad ocurrida.

Dos meses despues, el 31 de marzo de 1839, Beron de Astrada y mas de dos mil correntinos perecieron en la fatal jornada de *Pago Largo*.

¿Fué un presagio el chorro de sangre? me pregunta hace años don Gregorio Pampin, refiriéndome el hecho.

FIESTAS PÚBLICAS DE ANTAÑO

LA JURA DE FERNANDO VII EN CORRIENTES

Tan luego como el Cabildo de la ciudad de Vera, en las siete Corrientes, recibió de Buenos Aires la órden de reconocer por legítimo soberano de España y de las Indias al Príncipe de Asturias, Fernando, jurado ya en la capital del vireynato, el ilustre cuerpo procedió sin pérdida de tiempo á la ceremonia, observando rígidamente el uso establecido.

La tarde del 25 de setiembre de 1808, el pueblo convocado al efecto, los miembros del Ayuntamiento, los Padres de la República, los empleados civiles y militares y tropas de infantería, artillería y caballería se encontraban reunidos frente á la casa del Regidor Alférez Real, don Pedro José de Perugorría. Cuando el mencionado funcionario apareció en el porton de calle con el Estandarte Real desplegado, fué re-

cibido con aclamaciones y gritos de entusiasmo, descarga de fusilería y de cañon, repiques de campanas en todas las iglesias y cohetes y *estruendos*. El homenaje era al Estandarte, símbolo del Rey. Ordenada la concurrencia por hileras, los cabildantes al frente teniendo en su centro al señor Alférez Real, los infantes, artilleros y seis compañias de caballería á retaguardia, marchó el cortejo hácia la Plaza Mayor al son de una orquesta de violines, flautas y clarinetes, música que era ahogada por vivas consecutivos, los disparos de una pieza de artillería colocada en la punta de San Sebastian, el ruido infernal de las campánas entregadas a muchachos incansables de menear los badajos.

En la plaza había ya arreglado de antemano un tablado de elevacion conveniente para la ceremonia, adornado con géneros de seda, profusion de cintas y banderas. Llegados á él, subió el Alférez Real al punto mas culminante; y, haciendo flamear con austera gravedad el Estandarte Real, las cabezas descubiertas y los brazos estendidos, juró é hizo jurar al *Señor Don Fernando VII por Rey y Señor de España y de las Indias*. Nuevos vivas, nuevas descargas, nuevo repique de campanas y cientos de cohetes que volaban y de cajones de estruendos que ardían, siguieron al juramento. El mismo acto se repitió luego en las plazuelas de la Merced, Santo Do-

mingo y San Francisco, lugares obligados de todo acto oficial, terminando la ceremonia con la disolucion de la concurrencia en el punto de partida.

Las casas se pusieron de gala, llenas las puertas y ventanas de banderas y colgajos, todas abiertas en señal de regocijo, y los corredores cubiertos de curiosas damas y niñas que habían vaciado sus baules para mas esplendidez del acto, al que se incorporaban de mironas.

Aquella noche y las dos siguientes hubo iluminacion general en la ciudad y música en la plaza. La hoy estinguida *lamparilla* é innumerables farolitos de lata, vidrio y de papel estirado sobre arcos de caña de Castilla, lucieron primorosamente: que el lujo era de luz sin contar la clase del foco.

De muy antiguo venía la costumbre de celebrar á costa del vecindario la exaltacion de un rey al trono con fiestas populares que duraban diez y doce dias; y de muy antiguo venía tambien el hecho de que durante ellas y despues gemían lastimosamente los bolsillos de la jente pobre, que se divertía á costa de su hambre por imposicion de las autoridades. El Cabildo de 1808 tuvo el buen seso de no imponer *árbitros* especiales para las fiestas de Fernando VII. Pidió en cambio al diputado del Consu-

lado, don Angel Fernandez Blanco, que el comercio, del que era representante, las costease y dirijiese. El gremio de comerciantes aceptó unánimemente la « *honrosa prueba de fidelidad* » que se le brindaba, y nombró de su seno á los señores don Fermin Félix Pampin y don Dionicio Joses para que preparasen los festejos con el mayor brillo posible, sin parar en dificultades ni gastos, señalando los dias 5, 6, 7 y 8 de octubre para que ellos tuvieran lugar, pues era imposible verificarlos inmediatamente despues de la jura, segun uso, por notable falta de « *artífices* » y el corto tiempo disponible.

Solo los carpinteros pudieron rendir su « tributo de vasallaje » la noche del 26. Reunidos en número de 25, formaron una compañía de *miñones* y adornaron un carro de dos ruedas en el que pasearon por las calles de la ciudad y dieron música y cantaron décimas á todos los cabildantes y empleados.

Los comisionados del comercio se desempeñaron con actividad. Todo estuvo listo en el plazo que se les marcó; mas, habiendo llovido, las fiestas dieron principio el dia siete.

A las cuatro de la tarde del mencionado dia, autoridades y el pueblo concurrieron á la Plaza Mayor, llamados á disparos de cañon. En medio de ella, donde hoy se levanta la *Pirámide*, había

un espacioso tablado de treinta varas de largo por diez y siete de ancho y una tercia de altura. Desde los dos estremos hasta la calle hoy *Libertad* estaban colocados en hileras sillas y escaños para los concurrentes *de pró*, con un espacio de tres varas en medio, cubierto de un rodapié de tela. El tablado tenía alfombrado y en sus ángulos columnas vestidas con gusto, de cada una de las cuales pendía un targeton con las décimas siguientes, cuyo fondo y mérito literario líbreme Dios de recomendar:

Todos los que estais notando
El resplandor que estais viendo,
Sabed que estamos haciendo
Coronacion á *Fernando*
Séptimo; á quien venerando
Este comercio, y cumpliendo
Con su deber, va ofreciendo
E igualmente dedicando
A nombre del gran *Fernando*
La funcion que va siguiendo.

Entre todo soberano,
Sin duda, este es el mejor,
Por que es la gloria y honor
De todo el rédil cristiano;
Lo confesará el pagano,
El judío, aunque bramando,
Y el jentilismo dejando

Todos sus ritos y ley,
Dirán que no hay otro Rey
Como el Séptimo Fernando.

Por la Escritura, bien sabe
El católico cristiano
De que aquel dragon tirano
Nunca usurpará las llaves.
Dejad que canten las aves
En dulces tonos trinando,
Que Corrientes, esclamando
Con grande humildad y amor,
Dice bien que es su *Señor*
El católico *Fernando.*

Así, ciudadanos fieles:
Unidos, como es de ley,
Decid: *Fernando* es el Rey
Y fijadlo por carteles;
Y cuando mas os desveles
Su real persona aclamando,
Entonces ireis colmando
Las medidas de tu amor,
Diciendo que es tu *Señor*
El católico *Fernando.*

En la entrada de la callejuela formada por las hileras de sillas y escaños, dos maestros de ceremonia recibían á los concurrentes y les asignaban colocacion. Lugares de preferencia eran

los próximos al tablado. La *plebe*—término propio entónces — tomó la colocacion que quizo afuera, y los corredores, las ventanas y las puertas de todas las casas de las cercanías estaban llenas de jente.

Un cuarto de hora despues, salió de la casa del diputado del Consulado un carro triunfal de cuatro ruedas, caprichosamente adornado de follajes, flores, cintas y ricas telas de seda. Sobre él lucía un bonito pabellon de cuatro varas de altura en forma de media naranja sostenido por pilares, todo él cubierto de terciopelo carmesí y crespon de China. Bajo el pabellon y en una especie de trono, estaba colocado el retrato de Fernando VII. Veinte y cuatro muchachos de 15 á 18 años de edad, elegidos y enseñados de antemano, tiraban el carro. Formaban dos cuadrillas, de 12 cada una, con trajes distintos. La una, llamada de *cristianos*, calzaba zapatilla blanca con ribetes y lazos carmesí, media larga carmesí, y vestía calzon corto y chaquetilla abrochada, todo blanco, las costuras del calzon y de la chaquetilla cubiertas de cintas carmesí bordadas en lentejuelas, banda carmesí con lentejuelas, á brazo partido, sombrero negro con cintillo carmesí bordado, el ala izquierda doblada y adornada de un penacho de plumas. La otra, llamada de *moros*, llevaba zapatilla carmesí y lazos bordados con ribetes verdes,

media, bombacha y chaquetilla abrochada, todo de seda carmesí, ligas verdes con lentejuelas, banda celeste bordada con flecos de plata prendida en la cintura con un roceton de oro, turbante verde muy adornado. Cristianos y moros tenían en el pecho el retrato de Fernando VII. Una guardia de honor de milicianos ricamente uniformados, cubría los costados del carro; al frente, una orquesta ejecutaba variadas marchas; y, detrás, presidía la distinguida comitiva de invitados el diputado del Consulado.

En este órden y entre repiques, salvas de artillería, esplociones de camaretas en los conventos, cohetes, estruendos y vivas, el carro hizo su camino hasta la Plaza Mayor, donde fué recibido por la concurrencia y seguido hasta el lugar que debía ocupar, frente al tablado, donde está hoy edificado el Cabildo. Allí quedó á cargo de la guardia de honor, mientras volvían á sus asientos los que los tenían, la multitud tomaba posiciones y los *cristianos* y *moros* se dirijían al tablado á son de música, en dos hileras, haciendo muecas y piruetas.

Las dos cuadrillas bailaron en el tablado. Por ingeniosas combinaciones de movimientos de baile, formaban diversas palabras alusivas al acto, con unas letras en cartones cuadrados que llevaba cada uno, novedad que fué muy aplaudida y admirada. Una décima recitada y una larga con-

tradanza cerró esa parte de la fiesta, al cabo de media hora.

Vueltas nuevamente al carro las cuadrillas y con ellas la concurrencia, pasearon el «*triunfo*» por toda la ciudad, sobre una alfombra de flores arrojadas por damas, niñas y muchachos, haciendo estacion en los atrios de los templos para bailar y decir loas. Entrada ya la noche, terminó el paseo con la entrega del carro al diputado del Consulado, bajo una lluvia gruesa de loas y décimas, detenida felizmente por un refresco servido á discrecion.

Inter descanzaba el pueblo de *tanta divercion* se preparó la de la noche.

Detrás del lugar en que fué colocado en la plaza el carro triunfal, en una estension de noventa varas lineales, tres mil lamparillas iluminaban un armazon de madera, ideado, pintado y levantado por don Julian del Molino Torres. El centro era un atrium ó pórtico de ocho varas de frente por cuatro de fondo, sostenido por pilares de dos varas y media de alto, con balconada simétrica y uniforme, figurando los pilares estremos del frente pedestales de dos genios apoyados en escudos en los que se leían las décimas siguientes:

Noble ciudad de Corrientes,
Fiel y distinguida grey:

Hoy se aclama vuestro Rey
En voz de todas las gentes;
Preciso será que aumentes
Esos elogios, laudando
Vuestra humildad consagrando,
Vuestra voluntad rindiendo
Unidos todos diciendo:
¡Viva el Séptimo Fernando!

Convocad toda nacion
A glorias tan sublimadas
Que no serán escusadas
A tan grande aclamacion;
Todas con admiracion
Se vendrán regocijando
Viendo que estamos jurando,
Segun precepto de ley,
Por nuestro *Señor* y *Rey*
Al católico *Fernando.*

De las dos estremidades del fondo del átrio, nacía una arquería paralela á la línea de la calle figurando el frontis de un edificio de ocho varas de elevacion, que con el átrio formaba tres cuerpos. Los arcos de la derecha descansaban en columnas jónicas y los de la izquierda en dóricas. En el centro de los primeros había uno de mayor altura, que ostentaba en tela trasparente el escudo real y el de la ciudad y debajo de ellos esta décima:

Reine el séptimo *Fernando*
En sus reinos floreciendo,
Largas edades viviendo
Y en ellas siempre triunfando.
Su dominacion diciendo
Que estamos obedeciendo
Las leyes de su real mando.
¡Viva nuestro Rey *Fernando*!
A la Iglesia defendiendo.

En el centro de los arcos de la izquierda, uno tambien era mayor, en cuya parte superior se leía en letras trasparentes:

Lleve la fama volando
Del Orbe á todas las gentes,
Que la ciudad de Corrientes
Por su Rey jura á *Fernando*,

Todo el frontis tenía una corniza seguida á la altura de las columnas, y al frente, distante una cuarta, bastidores de madera de la misma figura, divididos en pequeñas casillas. La corniza y las casillas estaban llenas de lamparillas. De las estremidades del frontis, á derecha é izquierda, en la estension de noventa varas, seguían letras de madera colocadas de distancia en distancia, á cuatro varas de altura, iluminadas por lamparillas colocadas en derredor y por otras dispuestas al frente sobre una barandilla: formando las letras de la derecha esta leyenda: *Viva Fer-*

nando VII, por Corrientes; y las de la izquierda: *Fidelidad americana.*

La luz que daba el contenido del armazon descrito, era mucha é iluminaba perfectamente la parte de la plaza ocupada por la concurrencia. Con *lamparillas* no se podía hacer mas. La ingeniosidad de Molino Torres se afianzó como en granito, pues faltaban bocas para ponderar tan *grandioso* espectáculo.

Además de la iluminacion, en los cuatro ángulos de la plaza había castillos de fuegos de artificio y grandes depósitos de cohetes, estruendos y buscapiés.

La fiesta principió con piezas ejecutadas por la orquesta en el tablado, cuando las luces todas fueron prendidas. Luego bailaron contradanza los jóvenes *cristianos y moros* de la tarde, llenándose los intervalos de descanso con el incendio de un castillo y el ruido de cohetes y estruendos. Así se pasó el tiempo en gran contento hasta las once; y á no ser un maldito buscapié que se metió en el último depósito, comunicándole el fuego que llevaba y haciendo un zafarrancho en la concurrencia, tal vez nadie se acordara de su dura cama, que alguna vez ha de ser *dura* la cama cuando de ella se hable.

¡Cuánto se gozó aquella noche!

El dia ocho, á la misma hora de la tarde,

se repitió la aparicion del carro triunfal. Una cuadra antes de llegar á la plaza, le salió al encuentro una fragata de guerra bien empavezada y tripulada, construida por el gallego don Silvestre Villar Martinez. El casco de la embarcacion *terrestre* estaba colocado sobre cuatro ruedas dispuestas de modo que no se vieran; la arboladura era completa; la tripulacion vestía á lo militar; tenía tres cañones por banda, todas las velas tendidas é infladas por viento propicio, y marchaba tirada por cuarenta indios *payaguás* embijados y adornados á rigor de su gala. Saludó al triunfante cárro con salvas de artilleria, y se incorporó al cortejo continuando sus descargas durante el trayecto.

Al desembocar en la plaza, apareció, tambien en ella, venida de la *Rozada*, una goleta *berberisca*, costeada por el catalan don Juan Ferré; la cual, como el buque anterior, estaba en regla de lujo en todo. Reunida á la comitiva triunfal, que se detuvo á esperarla, caminó hasta el lugar que el dia anterior ocupó el carro, y de allí ambos buques fueron á *tomar puerto* en los estremos del tablado.

La concurrencia hacía honor á la fiesta.

El comandante de la fragata mandó subir la marinería á las cuerdas y palos en la forma acostumbrada en los buques de guerra cuando rinden honores á personajes, y, previos vivas al

nuevo Rey, hizó recitar una loa que fué aplaudida. En seguida disparó salvas y se arrojó dinero, galleta y cigarros á la *plebe*. La goleta secundaba todo con descargas de fusilería. El baile de las cuadrillas del dia anterior vino luego, pero sin causar impresion. No así los payaguás, que entraron luego en danza con sus chinas, sus chiquillos y sus instrumentos: ellos dieron golpe.

Los indios tenían cubierta solo una parte del cuerpo, desde la cintura hasta la mitad del muslo, con una manta de diversos colores vivos, confeccionada por las chinas, y el pelo y la parte descubierta embardunados y pintados de amarillo, rojo y azul figurando objetos caprichosos. Cada uno llevaba un instrumento músico de construccion indígena y de sonido ronco y detestable. Las chinas aparecían honestamente vestidas con los tejidos mas ricos de su confeccion, adornada la suelta cabellera de plumas variadas, y el pescuezo, las orejas, el pecho, los brazos y las piernas con sartas de abalorios, latitas redondas, cordones y flecos de su invencion. Los chinitos estaban arreglados como las madres.

Posesionados del tablado, bailaron y cantaron á su estilo y con sus instrumentos: bailes y cantos que no eran tales, pues no habia sonidos armoniosos, los movimientos se reducían á saltos

y posturas desgraciadas, y las voces eran lloriqueos, balidos ó rujidos. Sin embargo, se lucieron como nunca y como nunca fueron aplaudidos. Pero, mas que la vocería de los entusiasmados, los payaguás agradecieron las monedas que el comandante de la fragata les arrojó al terminar sus bailes y que las recojieron en *arrebatiña* frenética.

Un paseo al rededor de la plaza con el carro, los buques y la concurrencia, para depositar nuevamente aquél en la casa del diputado del Consulado, cerró la diversion.

La novedad de la segunda noche fué un simulacro de combate naval; en lo demas, se repitió lo de la anterior. Puestos los buques en condiciones de maniobrar libremente y, tras preludios de provocacion, iniciaron el fuego á cañon y fusil. La goleta, mas liviana que su enemiga, intentó varias veces sin éxito el abordaje. En una de sus aproximaciones perdió el gallardete que llevaba fijo en la punta de la entena mayor, el cual fué al punto levantado como trofeo al tope del palo de mezana de la fragata. Al notar la pérdida, viró de bordo y embistió al abordaje con tal rapidez que no dió tiempo á la defensa, y sus tripulantes saltaron á la cubierta enemiga donde trabaron lucha de cuerpo á cuerpo entre detonaciones y gritería. Los payaguás que ti-

raban la fragata, creyendo que la pelea era de veras, corrieron al auxilio de su barco: y, repartiendo golpes y acogotando y echando fuera de cubierta á los que cojían, rechazaron el asalto. El malentendido dió mucho que reir, pero terminó el simulacro y la jarana por que ya nadie quiso esponerse á otra equivocacion.

El dia tercero, hubo por la tarde ejercicio de fuego en la plaza, hecho por *miñones* improvisados, y simulacro de combate en tierra entre los tripulantes de la goleta; repitiéndose los bailes de las cuadrillas, los de payaguás y todo lo ya hecho anteriormente. Durante la noche la iluminacion, los fuegos de artificio, la música y el baile hicieron pasar alegremente el tiempo, dando fin á los espectáculos una *descomunal* pelea á arma blanca sostenida por la marinería de los buques; tras la cual un jóven de la fragata recitó por despedida las décimas siguientes:

Ciudadanos de Corrientes:
Tenemos jurado al Rey;
Preciso es guardar su ley
Obsequiosos y obedientes.
Atiendan pues los oyentes
De este pueblo numeroso
De que aqueste obsequio honroso
Se le ha hecho á su Real Persona

Y á la española corona
De *Fernando* el poderoso.

Conservad en la memoria
Y en los fieles corazones
Las atentas espresiones
Que hacen á *Fernando* gloria;
Mirad no sea transitória
La alegría que mostrais,
Pues en tal caso borrais
Todo el placer que habeis hecho.
¡Mantened en vuestro pecho
A *Fernando* á quien jurais!

Pero faltaba el remache de toda diversion popular de entonces, un algo sin lo cual ninguna era completa: el *Tedeum*; y á oirlo y solemnizarlo fueron á la Iglesia Matriz, el 10 de octubre, cuantas personas habían gozado á sus anchas durante los tres dias de locura. La carne, al diablo; los huesos, á Dios.

Tales fueron «las principales, prontas y magníficas funciones que el cuerpo de comerciantes de Corrientes consagró en celebridad de la Jura de Fernando VII». Constan así del informe pasado al diputado del Consulado por los caballeros encargados de prepararlas, del que tengo una copia autógrafa debida á la proligidad del señor don Fermin Felix Pampin.

Como hecho histórico, fuera tontería encomiarlas. Les doy valor, y supongo que así las juzgará el lector, como perfecto reflejo del carácter, hábitos, usos y modalidades todas de la vida patriarcal de nuestros abuelos. En cada uno de los cuadros descritos, en cada uno de los incidentes, veo retratada la Corrientes de entónces, tranquila y feliz en su atraso y dueña de sí misma en sus espansiones. Las simplezas hechas, si merecieran burla, no cuadraría á los correntinos del dia el mofarse de ellas; pues siendo los antepasados vasallos de un rey absoluto, podían celebrar libremente sus grandes aniversarios y sus grandes dias, y los ciudadanos de hoy, desde 1880, conmemoran el *25 de Mayo y el 9 de Julio* sufriendo insultos, atropellos y prisiones por que no van á tiritar de frio en los cuarteles para hacer honores militares á los usurpadores del poder público.

UNA ENTRADA

AL INTERIOR DEL CHACO

(1752)

Tenía ya arreglado el teniente gobernador de Corrientes, capitan Nicolás Patron, con el cacique Guachenkalen, la sujecion en pueblo de la tribu Mocobí, cuando por agresion de los abipones reducidos en San Fernando, movidos por el cacique Petizo, la tribu comprometida dió un malon á la reduccion, mató á Caápé, hermano de Petizo, arreó las haciendas y se alzó en actitud de guerra, confederándose con otros indios.

El Chaco era entonces de la jurisdiccion de Corrientes. Los abipones pidieron venganza del atentado; pero, tomando con serenidad el asunto, resolvió Patron proceder de su cuenta prescindiendo del reclamo.

Cinco años llevaba de mando; durante los cuales adoptó por regla invariable de conducta atraer pacíficamente á los indios, buscándolos

sin atropellos ni violencias. Sus antecesores procedieron á lanza y fuego, sin haber logrado jamás vencer al salvaje; y él, merced á su política diferente, libró no solo el territorio de Corrientes de invaciones, consiguió que se poblara la costa del Paraná, si que tambien fundó la reduccion de San Fernando de abipones y vivía en paz con los bárbaros. Por el conflicto que Petizo provoco no estaba dispuesto á inutilizar su benéfico trabajo; mas como tampoco era de hacer la vista gorda á los mocobís, dispuso espedicionar sobre ellos con un programa de paz mas que de guerra.

Para ello, al uso de entónces, hizo pregonar la empresa, lo cual equivalía á llamar á todos los vecinos de armas llevar que tuviesen armas y caballos, pues ley era que el Estado solo ponía la órden de marcha. Mucha jente se reunió: mucha para la época; el número quedó, empero, reducido á 79 por un desbande, porque Patron era instrumento de los jesuitas y los correntinos, cansados de ser esplotados, atribuyeron á la espedicion un objeto de esclusivo provecho para sus desapiadados opresores. Sin embargo, el teniente gobernador, que era hombre animoso, con solo aquellos atravesó el Paraná y emprendió marcha el 2 de noviembre de 1752. El cacique vilela Gualé se le incorporó, y tam-

bien Petizo con ocho abipones. Mal compañero era el último.

Desde el primer dia, Patron comenzó á prender fuego á los campos en cada parada. Suponía que las quemazones despertarían la curiosidad de los indios, quienes viendo que eran correntinos los que las hacían se habían de avisar y juntar; lo cual llenaba su deseo de hallarlos reunidos para tratar con ellos de paz. Petizo anhelaba la guerra: creía que á ella se iba, y como á tal fin era de resultado contrario el prender fuego á los campos, lo observó asi. Impuesto del objeto del hecho, se desagradó y volvió á San Fernando, como lo anhelaba el jefe espedicionario.

Al décimo séptimo dia de marcha, á eso de las dos de la tarde, habiendo hecho alto para comer la tropa, fueron divisados algunos indios desde los mangrullos situados á corta distancia del real. Gualé y el oficial Casco recibieron órden de adelantarse con algunos soldados á reconocer qué jente era aquella. Mientras tanto, Patron eligió terreno para recibir el ataque; «escuadronó» su gente dando la espalda al sol, la proclamó é hizo retirar la caballada. Segun él, distaba 200 leguas de Corrientes. A poco volvió Gualé dando gritos, con este parte: «Toba malo, Mocobí mucho, Vilena güeno». Habian descubierto una gran indiada en dispo-

sicion guerrera, muy próxima al lugar. Casco quedó oculto en un algarrobal.

Patron llamó al lenguarás y con él y sus dos ayudantes se dirigió á donde estaba Casco, dejando órden á la tropa de cargar tan luego como oyera tiros. No anduvo una cuadra que ya vió á los indios y éstos á él. Un grupo como de cincuenta salvajes se desprendió de la maza de guerreros para atajarle; mas, notando que no se detenía, quedaron á esperarle. Adelantó al lenguarás para que los tranquilizara sobre los fines de su visita, y trás él continuó avanzando. Quedaron los indios, dice el mismo Patron, sin saber qué determinar. Llegó á ellos, preguntó por los caciques, que presto vinieron á su presencia, y despues de los saludos y cumplimientos al estilo chaqueño, les propuso la paz en las condiciones tratadas con Guachenkalen, allí presente, ó la guerra para la que estaba presente y listo. La entrevista tenía lugar á la vista de los dos «ejércitos» preparados para el combate.

Los indios optaron por la paz, declarando que el malon á San Fernando fué una represalía, pero en manera alguna declaracion de guerra al «güen cristiano amigo del otro lado.» Los vilelas pidieron establecerse en las cercanías de San Fernando; los Mocobís ratificaron su resolucion de trasladarse al Paraguay; y los Tobas

nada solicitaron por que ya tenían paces con el gobierno de Salta y esperaban los pusiera pronto en comodidad (pueblos).

Dos horas despues del encuentro, correntinos é indios acampaban juntos en la márjen de la única laguna que había en aquellos contornos del Rio Bacjo.

Un incidente puso á prueba la buena fé y lealtad de los caciques. Melchor de Almiron, soldado de la armada correntina, tenía en la caballada un animal que compró á los abipones, los cuales lo habían robado á los mocobís, y el dueño verdadero se encontraba entre los guerreros de Guachenkalen. El indio reclamó su propiedad á Patron; pero este tuvo por mas conveniente faltar á la justicia que hacerla, por desconfiar que se siguiera de ello tenerle en poco los salvajes, y negó el caballo. El indio no se dió por vencido: fué á la caballada y muy suelto de cuerpo tomó y llevó lo suyo.

Tamaño ultraje á la justicia del jefe correntino era de lavarse con sangre! Inmediatamente puso Patron su tropa en órden de pelea, y fué en persona al real de los indios en demanda de reparacion. El primero con quien dió fué el cacique Paiken. Este oyó su altanero reclamo y procuró serenarle prometiendo castigar ejemplarmente al desvergonzado. Los demás caciques ocurrieron luego y abundaron en idénticas protestas.

Payken se puso de un brinco en el lomo de

su caballo, tomó su lanza y partió á escape hácia la caballada. Iba á matar al atrevido. Un indio viejo, que sospechó su intento, le siguió y logró salvar al desgraciado. El caballo fué devuelto, y con él entregado el ladron para que Patron le castigase.

El siguiente dia, 20 de noviembre, se retiraron las tribus á sus toldos, prometiendo nuevamente cumplir en todas sus partes el convenio hecho. Los correntinos emprendieron marcha el 21, llegando á las costas del Paraná el 2 de diciembre, al mes justo de su espedicion.

En la Pascua del año siguiente, don Nicolás Patron recibió á sus amigos los Mocobis en el campo que les había designado para residir, entre el Tebicuary y las Lomas de Pedro Gonzalez: y antes de eso, los Vilelas se establecieron en las cercanías de San Fernando.

Hizo mas Patron en 1752, con 79 correntinos, que muchos civilizadores del Chaco, de ahora, con cientos de soldados, mucha plata y mucha farsa de colonias; por que, sin doblegarse á los indios, los buscó con la paz, no puso á precio sus cabezas, no fué á robarles sus ganados, ni les tendió jamás una celada para luego prenderles ó hacerles morir en trabajos bárbaros, repartiendo como esclavos sus mugeres y sus hijos. Esa civilizacion que hoy se ofrece al indio chaqueño, se presenta á sus ojos mas bárbara que su barbarie, y la resiste con razon.

UNA VÍCTIMA DE LOS JESUITAS

CORRÍA el año 1754.

Un ejército español, comandado por el Gobernador y Capitan general del Rio de la Plata, estaba acampado en la márgen oriental del Uruguay, hallándose á la sazon en operaciones contra los siete pueblos guaranís sublevados por no respetar el tratado de España con Portugal, cediendo la primera potencia á la segunda una parte de sus posesiones orientales. Los pobres indios rebeldes eran simples instrumentos de los jesuitas, instigadores y únicos responsables de la guerra guaranítica.

Corrientes, cuyos vecinos soportaban constantemente la carga del servicio militar sobre las fronteras portuguesas, tenía en el ejército un contingente de doscientos hombres y tambien á don Bernardo de Casafus, vecino feudatario y su Regidor perpétuo y apoderado general. Daba el máximum de lo que permitian entón-

ces sus medios dar, á parte de suministros en ganado vacuno y caballos para el sostenimiento y el servicio de las tropas.

La atencion del general en jefe estaba toda concentrada en los pueblos guaranís orientales, pues ninguno de los demás, que formaban la vasta república teocrática del jesuitismo, había dado señales de intranquilidad, y eran reputados sumisos vasallos del soberano. Era, sin embargo, un error. La prédica de los curas tenía predispuestos á todos los pueblos contra las órdenes del gobierno peninsular, y si bien los inmediatamente perjudicados por el tratado eran los únicos que estaban en armas, los demás esperaban solo oportunidad para pronunciarse y hacer causa comun con sus hermanos.

No hallando pretesto que justificara el alzamiento deseado, los indios de Yapeyú, movidos por su cura, comenzaron á escasear los suministros que hacían al ejército, en vacas y caballos, á punto de verse obligado el general á reconvenir seriamente y con repeticion á su Cabildo. Los reclamos y órdenes no dieron resultado; en vista de lo cual resolvió aquel mandar en comision á don Bernardo de Casafus. El Regidor de Corrientes aceptó sin reparo la representacion del gobernador y capitan general, no obstante de conocer que su apellido era un título al ódio de los jesuitas y, por tanto, de

sus instrumentos. Era un hombre animoso y de una entereza á prueba.

La familia de Casafus, en efecto, constituía el centro de resistencia al poder jesuítico en Corrientes. Seglares y sacerdotes de ella, todas personas de escelente posicion y de inteligencia é ilustracion, sostenian con vigor la causa de los oprimidos, encarnándola en sí y conquistándose diariamante las simpatias y la adhesion de la inmensa mayoría. Las fuerzas no eran iguales de parte á parte, porque los jesuitas estaban generalmente bien quistos con los gobiernos; pero la enerjía de los Casafus restablecía el equilibrio, y sus grandes servicios al rey los ponían á cubierto de las intrigas tendentes á presentarlos como vasallos infieles y desquiciadores. En aquella larga y no interrumpida lucha, la familia de Casafus sufrió enormes pérdidas de intereses, vejaciones y ultrajes, destierros y persecuciones; algunos de sus miembros murieron á manos de sus adversarios; pero venció al fin, viendo barridos del suelo á los jesuitas, que correspondieron con negra ingratitud la generosa acogida recibida de los correntinos en 1689. En la historia colonial de Corrientes tienen un puesto de honor los Casafus.

Preparada la correspondencia que el Regidor debía conducir, eligió para acompañantes suyos

á José de Aranda, Juan de Niz, Lorenzo Quintana, Mateo Godoy y Gaspar Rodriguez, soldados de la division correntina, y emprendió marcha hácia su destino, escoltado por cincuenta hombres del tercio de Santa-Fé. La escolta regresó al ejército de la costa del Uruguay, cuatro dias despues de emprendido el viaje, y Casafus y sus compañeros atravesaron el rio en el paso que llamaban *Bado* y continuaron camino hasta dar con el Miriñay, antes de amanecer el sétimo dia. José de Aranda fué de parecer que no vadearan al rio mientras no aclarara á fin de evitar que los yapeyuanos de guardia en las cercanías los tomasen por enemigos; pero Casafus no quiso perder tiempo, efectuaron el pasaje y siguieron andando. En las primeras horas de la mañana divisaron la estancia de San Pedro, de cuya capilla no tardaron ver salir á su encuentro dos gruesas compañías de indios armados de flechas, lanzas y hondas. Tan luego como los indios llegaron, fueron rodeados y obligados á marchar como presos, dentro de un cuadro, hácia el campamento principal de que dependían aquellos.

Mandaba la fuerza india el Correjidor de Yapeyú, y á él fué presentado Casafus. Sin hacer retirar á los soldados, que formaban el cuadro, ordenó el Correjidor que descargasen las

chucherias y abalorios que llevaba el comisionado para obsequiar á los caciques, y que los seis ginetes se desmontasen. Los semblantes de toda la tropa, y especialmente el gesto hosco de su capitan, daban mucho que sospechar de sus intenciones.

Casafus impuso al Correjidor del objeto de su viaje, y pidióle fuera acompañado hasta el pueblo para entregar á sus títulos las notas de que era conductor, ó bien que permanecieran en el campamento sus acompañantes y él solo se adelantase. El indio respondió con sequedad y altanería: que era escusado pretendiera pasar porque tenía órdenes terminantes de su superior, el cura, de no dar entrada al pueblo á ninguna persona; á lo que observó el Rejidor: que mandase al menos un muchacho con las comunicaciones, pues eran del gobernador y capitan general, á quien debian respetar todos como al mismo rey, en nombre del cual gobernaba. La contestacion que obtuvo fué tomar el Correjidor las notas, abrirlas, y despues de impuesto de ellas dar órden secreta á un soldado, que luego partió á escape.

Supuso Casafus que el enviado iba en busca del permiso para llegar hasta el pueblo, tanto mas cuanto que desde ese instante el jefe indio demostró mas suavidad y sus soldados invitaban á los correntinos á salir de paseo por las cer-

canias. El cuadro había sido retirado. Sin temor alguno ya, en vista del cambio que notaban, Casafus y sus acompañantes dejaron sus armas al lado de sus monturas, pusieron los caballos á pastar, y se separaron confiados Godoy, Quintana y Niz.

A eso de medio dia, en momentos que Casafus y Aranda se hallaban en la capilla de la estancia y Rodriguez en el corredor de ella, oyeron tropel de jente que llegaba y voces que decían: «Anímense, guapos; acabemos con estos hombres». Salieron á ver lo que ocurría sin darse cuenta de aquel vocerío. Eran dos ginetes indios, bien armados, con los caballos chorreando sudor; uno de los cuales contestó con un flechazo, que dió en el cuerpo de Casafus, el saludo cariñoso que este había hecho á los dos, descubriéndose la cabeza. Los indios de á pié corrieron unos á apoderarse de los caballos de la comitiva, otros de las monturas y de sus armas, y otros á empuñar sus arcos y lanzas y á caer sobre las indefensas víctimas. Aranda y Rodriguez huyeron en rumbos opuestos, herido el segundo de un flechazo en la espalda, y lograron escapar azotándose al Miriñay, en cuya costa opuesta se encontraron casualmente el siguiente dia y dieron con José de Niz—Quintana y Godoy fueron muertos.—El Regidor pretendió inutilmente contener á los indios con su enerjía, herido ya; pero,

viéndose acosado, tuvo de imitar á sus compañeros, mas fué derribado á flechazos y luego ultimado con arma de fuego.

Veinte dias despues del crímen, Aranda, Rodriguez y Niz se encontraron en la costa del Rio Corrientes con unos corredores de campo, vecinos de *Las Saladas*, los que les proporcionaron caballos para trasladarse hasta Corrientes. Ellos dieron la noticta del trájico fin de don Bernardo de Casafus.

El teniente gobernador, sargento mayor José de Acosta, y el Cabildo tomaron empeño por que fueran castigados los autores del crímen y su principal director; instruyeron el correspondiente sumario y adoptaron varias resoluciones importantes; pero todo quedó en nada, por que don Pedro de Ceballos, protector de los jesuitas, no dió curso al reclamo entablado por el Cabildo, acompañando al efecto las piezas justificativas del crímen; y los jesuitas pudieron saborear impunemente el placer que les produjera el asesinato de uno de sus mas encarnizados pero nobles adversarios.

FRAY LUIS BELTRAN

Es conocida la historia militar del guerrero de la independencia fray Luis Beltran; mas no el hecho de que su primer ascenso en el ejército argentino fué materia de resistencia de parte de la Inspeccion General de Armas.

Vencidos los patriotas chilenos por las armas españolas, emigraron al territorio argentino, para mas tarde volver, la mayor parte de ellos, á las órdenes de San Martin y restaurar para siempre la libertad de su patria al amparo de la victoria obtenida en los llanos de Maipo.

Uno de tantos era fray Luis Beltran, argentino, pero revolucionario chileno. El gobierno patrio de Chile le había elevado al rango de Teniente primero de artillería, recompensando sus servicios como director de maestranza, fundidor y químico. Era un fraile modesto, dulce de carácter y poseido de un fanático americanismo. La reaccion sud-americana era para él la

aurora de una nueva vida, de libertad y justicia para los pueblos, y la abrazó resuelto. Por sus condiciones de capacidad, fué de los primeros que el ojo certero de San Martin elijió como uno de los colaboradores de la gran empresa, que al pié de los Andes preparó aquel genio de la guerra; y entró á formar parte del ejército destinado á llevar la bandera argentina hasta el Ecuador, en clase de Capellan del piquete de artillería que tenía á sus órdenes el gobernador intendente de Mendoza. Al mismo tiempo se le reconoció el grado honorífico de teniente segundo de artillería. Comunicado el nombramiento al Vicario general castrense de Buenos Aires, se le espidieron las facultades espirituales necesarias al desempeño de su cargo, y el fraile dió principio á sus funciones.

No fué, empero, el misticismo el que insumió su tiempo. Sin descuidar sus deberes religiosos, se posesionó del parque y construyó armones, rodados, lanzas, cureñas, fundió cañones, preparó municiones, compuso y reformó armas: sacando útiles y recursos de donde al parecer no los había, con sorpresa de la generalidad, que ignoraba su valer, y con gran satisfaccion de San Martin. El comandante general de artillería, coronel Pedro Regalado de la Plaza, tenía en su capellan un tesoro, y á poco el fraile fué el director oficial de todo. Valía mas, por cierto, aquello que

decir misa y confesar; pues para vencer á los godos estaba de mas el capellan y en su puesto el hombre de talento y de habilidad.

Cuando el humilde fraile hubo logrado poner el parque del Ejército de los Andes en condiciones inesperadas, el coronel de la Plaza solicitó para él la efectividad de Teniente primero con grado de capitan. Su nota y la recomendacion con que San Martin la elevó al gobierno, realzan los méritos del patriota. « No pudiendo ser indiferente — decía el primero, el 16 de agosto de 1816 — á los distinguidos servicios, activo desempeño y ahinco patriótico que de sus encargos tiene prestados el capellan del ejército fray Luis Beltran, si V. S., en el órden de su justicia halla arreglado, lo propongo para Teniente primero con grado de capitan. » El general San Martin remitió la propuesta á la Inspeccion General de Armas acompañada de la siguiente nota: « Tengo el honor de incluir á V. E. la nota del comandante general de artillería del ejército de mi mando proponiendo al teniente segundo de esta arma fray Luis Beltran, para Teniente primero con grado de capitan. En efecto, este individuo ES ACREEDOR Á TODO PREMIO, *pues nada es comparable á su actividad y desempeño* en los ramos de maestranza y laboratorio de mistos. »

El inspector general, teniente coronel José

Gazcon, que era un católico empedernido, de ideas rancias y de criterio con olor á sacristía, hizo mala cara á la propuesta y á la recomendacion egregia que la apoyaba. Un fraile militar le parecía el colmo de la heregía. Sin preocuparse de mas que del hábito de fray Beltran, creyó de su deber oponerse á la propuesta. « Es incompatible—decía al gobierno—con el estado de fraile, vestir el carácter de oficial de ejército y entrar en funciones de tal, siendo asi que solo la santa Sede puede por causas graves y muy interesantes á un reino, relajar los votos que ligan á un religioso y secularizarlo para que emprenda la carrera que á dichas miras convenga, y soy de dictámen que el gobierno de Chile cometió un hecho anticatólico en la promocion al empleo de teniente que al citado fraile confirió; cuyo ejemplar no es para imitarse por el sabio gobierno de las Provincias Unidas de Sud América. Opino, pues, que si V. E., en su perspicaz y alta reflexion, considera que puede aprobarse en bien del Estado la utilidad de este religioso, defiriendo á la propuesta, es igualmente preciso que para su realizacion se pase en consulta al Teniente Vicario castrense para que informe, prévia la reunion de los teólogos que deban concurrir á opinar en la materia. »

La traba era seria, como que todavía tenían

fuerza las simplezas del fanatismo y no convenía atropellarlas. Ademas, contaba el Inspector General, y era de temerla, con la opinion del Cabildo eclesiástico; en cuyo caso habríase visto en aprietos el director Pueyrredon, entre respetarla, desairando á San Martin y perjudicando la causa, ó desoirla en atencion á las altas conveniencias de la revolucion.

Felizmente, desempeñaba la vicaría castranse el doctor Diego Estanislao Zavaleta, sacerdote de vasta ilustracion y patriota como el que mas; y él, pasadas á su informe las observaciones de Gazcon, sin teólogos consultados, enseñó al soldado cómo se premia el mérito, mostrándose mas liberal y revolucionario que el inspector, á pesar de su sotana. Su vista hace ver cómo palpitaban los corazones de los ilustres clérigos de nuestra emancipacion política. Si los de hoy fueran como ellos! El doctor Zavaleta dió el siguiente dictámen: « El « particular mérito y distinguidos servicios del « religioso fray Luis Beltran, apoyados en los « mas espresivos informes del general en jefe « del Ejército de los Andes, determinaron á « este gobierno, el año pasado de 1815, á con- « ferirle el grado de teniente segundo de arti- « llería, que anteriormente había obtenido del « gobierno de Chile, y á despacharle título de « capellan castrense del piquete de aquella ar- « ma que hay en el mismo ejército, segun lo

« comunicó S. E. á esta vicaría general. Ni « entónces se me ofreció el menor reparo en « el grado militar con que uno y otro gobierno « premiaron sus servicios; ni ahora me parece « fundado el que nimiamente escrupuloso espone « á V. E. el señor inspector. No sería esta la « primera vez que se han visto eclesiásticos y « religiosos, no ya oficiales subalternos, sino « generales mandando ejércitos en los países » mas católicos. Nuestros mismos enemigos, « que pugnaron tanto por conservar y han « restablecido al fin el tribunal de la fe (la « inquisicion), han premiado con esos grados á « los eclesiásticos ó regulares. Sin acordarnos « del cardenal Cisneros, en la última revolucion « de España se han visto y celebrado coman- « dantes militares, hasta capuchinos. Sabemos « que en el ejército de Lima ha habido y hay « eclesiásticos coroneles, y entre los americanos « de México hasta generales. Ninguno ha acu- « sado ni censurado de anticatólicos á los gobier- « que autorizaron y confirieron aquellos grados. « ¿Por qué pues, habrá de recaer una odiosa « nota sobre los que han dado y confirmado el « de teniente segundo para el padre fray Luis « Beltran? ¡Ojala hubiesen muchos sujetos en « el clero secular y regular que desplegasen « espíritu y talentos que los hiciesen acreedo- « res á los primeros grados de la milicia! Los

« votos solemnes nunca podrian impedirles que « empleen su valor y sus luces en defensa de « la patria. Por lo mismo, creo, que si no hay « mas reparo que el que espone el señor ins- « pector, puede V. S. adherir á la propuesta « del comandante general de artillería del ejér- « cito de los Andes y recomendacion del gene- « ral en jefe. »

El 8 de noviembre de 1816, firmaba el director Pueyrredon el despacho de Teniente primero de artilleria con grado de capitan, á favor del fraile Luis Beltran, y su nombre comenzó á figurar de efectivo en el escalafon militar de la República, uno de cuyos ejércitos, el mas glorioso, desde Mendoza hasta Lima apagó los fuegos del enemigo con los proyectiles y cañones que salieron de sus manos, como por encanto.

LOS PALOS DE ALVEAR

ENTRADA ya la noche del domingo cinco de abril del año 1812, caminaba descuidado por la *calle de las monjas*, hoy San Martin, en Buenos Aires, el sargento mayor y segundo jefe del Regimiento de Granaderos á caballo, en formacion, Cárlos Maria de Alvear. Vestía uniforme y no cargaba armas.

Al aproximarse á una esquina, tres morrudos ingleses, que la doblaron como torbellino, le atropellaron y voltearon, echando luego á reir y á celebrar el choque, viéndole en tierra, añadiendo de ese modo la burla á la ofensa inferida. Conocian perfectamente al agredido sin razon.

Alvear se incorporó; y, con la varonil altanería de su carácter, les enrostró la grosería brutal, exijiéndoles una reparacion inmediata. Los tres rubios hercúleos, pareciéndoles buena la partida, renovaron sus píias con el agregado de espresiones ultrajantes, y continuaron su camino con

aire de profundo desprecio. Alvear siguió detrás de ellos insistiendo en su demanda. No sospechaban los ingleses que su perseguidor era capaz de seguirles hasta el fin del mundo y de salir con la suya.

Penetraron en la casa de doña Maria Luisa Ramos y Valle, donde tenía alquilada dos piezas Mr. Tomás Leigh, y detrás de ellos entró tambien Alvear. En la pieza que servía de salita se renovó la exigencia de la calle, y nuevas ofensas agriaron aun mas al jóven soldado.

Estando en aquel altercado, llegaron dos ingleses mas, tertulianos de los anteriores. Uno de ellos había sido compañero de Alvear en viaje de Europa á América.

—¿Qué opinan vds. caballeros—dijo Alvear á los recien llegados—de estos señores á quienes vienen á visitar?

— « Son personas de honor »— respondieron.

— « Es estraño—replicó él; pues la solfa de desvergüenzas con que me han tratado y me tratan, negándose á darme satisfaccion de ellas, prueba todo lo contrario ».

Y pidió á los testigos, confiado en su hidalguía, que persuadieran á sus connacionales de hacer honor al concepto que de ellos tenian; « porque sin satisfaccion no saldría del cuarto ó se la tomaría á costa de sus costillas ».

Un vocerío atronador de los cinco ahogó la reclamacion.

— « Criollo altanero », le gritaba uno, levantando los puños.

— « Con un dedo le pondré en la calle », decíale otro en actitud de empujarle.

— « Nosotros les hemos de enseñar á vds. », vociferaba un tercero.

Por el estilo salian unas tras otras las desvergüenzas.

Alvear hacía frente á todos, respondiendo como cuadraba en la ocasion.

Dos ingleses mas llegaron y tomaron partido contra el jóven.

En tan crítica situacion, antes que los siete recurrieran á las vias del hecho, Alvear se retiró hácia la puerta, diciéndoles: « Voy para luego volver á cascarles á palos las costillas. Prepárense á ver lo que vale un criollo ». Y salió.

Los ingleses se sentaron en torno de una mesa á beber y comentar el incidente entre vaso y vaso. Precaucionalmente revisaron unas pistolas dejándolas á la mano en la pieza contigua.

Como lo observaba juiciosamente el entónces teniente coronel Nicolás de Vedia, los europeos, y especialmente los ingleses, acostumbraban considerar inferiores suyos á los americanos, y con su conducta daban ordinariamente márgen á desavenencias serias. Lo acaecido con Alvear

ultrapasó los límites de aquella imprudencia usual y no podía quedar impune dada la educacion, clase y posicion política y militar del ofendido. El hecho denunciaba claramente un manifiesto intento de ultrajarle, y en él á los americanos. Era á la vez una cuestion de honor y de nacionalidad reparar las ofensas. ¿Qué habrian dicho de Alvear la sociedad, cuyo niño mimado era, el pueblo, cuyo caudillo pretendía ser, el Regimiento de Granaderos á caballo, sus compañeros de armas, el gobierno mismo, al saber que había sido atropellado é injuriado y no castigó á los ofensores? Nada significaba el número de los insolentes; lo que importaba era el hecho en sí.

Alvear corrió á su casa en busca de su espada; y, al volver de ella, encontró en la puerta de la suya á su tio don José Maria Balbastro, á quien informó de lo ocurrido y le pidió le acompañara á presenciar el escarmiento. Balbastro pretendió disuadirle, pero fué en vano; estaba resuelto á todo antes que dejar en pié la ofensa. Visto que su tio se negaba, siguió su camino y entró resueltamente en la casa de los ingleses.

Tan luego como le vieron en la puerta, se pusieron todos de pié y le arrojaron botellas, vasos y sillas, gritando uno, *las pistolas*, *las pistolas!*

Mas les valiera estar quietos!

Alvear desenvainó su espada y los atropelló

repartiendo palos á derecha é izquierda con agilidad sorprendente y la fuerza de un brazo poderoso. Cada planazo derribaba á un ingles. Dos pretendieron entrar en el aposento en busca de las pistolas, pero de un salto les tomó la puerta. Allí fué asaltado por los mas fornidos é intrépidos, mientras los otros le tiraban con cuanto objeto encontraban. Los guapos rodaban por el suelo unos tras otros, y dentros ligeros como relámpagos dados sobre los mas distantes hacian partícipes á todos del sabor de su certera espada. En ménos de dos minutos quedó la pieza vacía de ingleses. Los siete *bravos* se rascaban y frotaban en el patio de la casa, hartos y repletos de golpes. Nunca se dieron mejores ni mas merecidos palos.

— «¿Quedan vds. satisfechos del americano?» les dijo Alvear desde la puerta del patio, haciéndoles una reverencia y guardando su acero.

«Avisen si quieren mas»—agregó y se retiró.

Quince dias de arresto compurgaron la falta del soldado; pero los *palos de Alvear* fueron celebrados en la sociedad y en el pueblo. Se había acertado con la curacion de la insolencia europea. Desde entónces nadie osó mirar con desprecio á los americanos.

PILON

Mal aconsejado anduvo don José Joaquin de Mora, distinguido literato español, al recomendar á don Bernardino Rivadavia, en Paris, la persona de don Pedro de Angelis para trasladarle al Rio de la Plata y colocarle al frente de un establecimiento de educacion. Con toda su buena intencion hácia nuestro país, en el hombre de letras recomendado, vistos sus conocimientos y su desgracia, sin haberlo soñado, abogó por un *presente griego*.

Angelis era un sábio; pero su educacion política en la corte del rey de Nápoles, su falta de carácter y su mercantilismo, que rayaba en neurosis, le predisponian siempre á los cambios mas contradictorios de situacion; y tal pasta de hombre, por mucha que fuera su sapiencia, estaba mal en un teatro como el nuestro entónces.

En la prueba acreditó, en efecto, sus *debilidades*. Mientras Rivadavia brilló, fuéle grato. Elevado

Dorrego, atacó á Rivadavia; y sucesivamente elogió y deprimió á Balcarce y Viamonte á medida que ocuparon el gobierno de Buenos Aires y descendieron de él. Rosas fué su último ídolo. Su talento y vasta ilustracion estuvieron al servicio de la dictadura, cuyo publicista y cuyo consejero privado era, y tambien su perro de presa en la prensa contra los adversarios interiores y esteriores del tirano, como que el escritor napolitano era una potencia formidable con la pluma, y por todo pasaba.

El servilismo de Angelis no tuvo límite; y para que fuera mas despreciable, la traduccion práctica que tenía en beneficio suyo era el dinero que recibía del amo sanguinario cuyos instintos azusaba y cuyos horrores aplaudía.

En el desempeño de su papel fué mas dañino y menos disculpable que todos los que sirvieron á Rosas, y, por eso mismo, era el que mas odiosidad aglomeraba en el país sobre su cabeza. El lo sabía perfectamente. A su penetracion y á su talento no escapaba que un *carcaman* metido en las honduras por donde él andaba difícilmente podía hacerse perdonar sus hechos. Pero se preocupaba poco de la cosa; tenía por inconmovible el poder de Rosas.

De los muchos argentinos ilustres á quienes injurió con grosería, fué uno el guerrero de la independencia general Gregorio Aracz de la

Madrid, persona á quien Angelis había tratado mucho y debía atenciones. En su empeño por complacer á Rosas, cansado de insultarle, inventó para él el apodo de *Pilon:* vocablo equivalente á *caballo de oreja cortada*, patrio, en el lenguaje de las provincias del interior, y que fué aplicado á Madrid por que tenía una oreja desperfecta á consecuencia de una herida recibida en la guerra de la independencia. Para los hombres de Rosas eran motivos de burlas las cicatrices honrosas!

Pilon tomó carta de ciudadanía en la literatura federal al lado de *Pardejon*, apodo de Rivera, y *Manco*, de Paz; con el agregado de *salvaje*, *inmundo*, *asqueroso*, como era de uso y ley.

Cuando Rosas fué derrocado, Angelis, — que dicho sea de paso era un gran cobarde — creyó llegada para él la época de pagar sus cuentas, y al que mas temía, aquel cuyo nombre solo le llenaba de espanto, era *Pilon*. En verdad que Madrid, Florencio Varela y Rivera Indarte habian sido los mas ofendidos por el *carcaman*, y de ellos solo vivía el primero.

Con la entrada en Buenos Aires de las tropas vencedoras en Caseros, Angelis tuvo un motivo mas para aumentar su afliccion, si es que aumento cabía en la que le abrumaba. Su *Pilon* había sido recibido como nadie por el pueblo, incluso el mismo Urquiza: inspiró un

verdadero fanatismo. De ello deducía que empeoraba por horas su situacion personal, pues nadie disputaría al héroe aclamado el pescuezo del napolitano caido y odiado, si pretendiera vengarse de él, como indefectiblemente lo haría.

Pilon era su pesadilla.

Al siguiente dia de la entrada, se encontraba en su imprenta con un amigo. El tema de la conversacion era naturalmente su miedo cerval á *Pilon.*

—La verdad es—decía Angelis, que ese demonio de Rosas me ha comprometido demasiado con las cosas que me hacía escribir y que ahora yo las voy á pagar con mi cabeza. Ese bárbaro de Madrid me hará degollar. ¿Como se va á olvidar de lo que le he dicho? Yo le puse *Pilon.* ¡Que torpe fuí! ¿Y cómo me defiendo de él? Tiene muchísimo poder. Ayer lo han festejado mas que á Urquiza. Pobre de mí!

—Tranquilícese señor don Pedro—le dijo su amigo. El general Madrid nada le hará porque no es hombre malo: ni se acordará de lo que vd. le ha dicho.

—¿Que no se acordará? Oh! Sí que recordará de que es *Pilon*; y aunque lo demás olvide, eso basta para degollarme. Ya lo verá, ya lo verá vd.—respondió Angelis.

Y el hombre temblaba de miedo y se tocaba

nerviosamente la garganta como para convencerse de que aun no andaba por allí ningun cuchillo mandado por *Pilon.*

—Está vd. en un error—insistió el amigo—La época que se inicia es de reparacion. El triunfo compensa suficientemente todo lo pasado, y los que vienen respondiendo al nuevo órden de cosas le dejarán á vd. tranquilo.

—Pero *Pilon* no será de los que olviden. Ese maldito apodo es mi perdicion. Además, mi amigo, yo soy por mis escritos un verdadero mazorquero, digámoslo francamente, y con los mazorqueros no rezarán el perdon y el olvido—observó tristemente Angelis.

—Señor—dijo en aquel momento un sirviente, que entró en la habitacion.—Un caballero vestido de militar pregunta por vd. y desea hablarle.

La gran nariz de don Pedro de Angelis se puso encendida como una braza de fuego, y sus pequeños ojitos de serpiente despidieron rayos, no miradas, hácia la puerta por donde había penetrado el sirviente. Ya le parecía ver detrás de éste á los degolladores.

Confuso y tartamudeando dijo:

—¿Quién es?

—Dice ser el general Araoz de la Madrid—respondió el interpelado.

—Ah! *Pilon!*—esclamó medio ahogado An-

gelis, y cayó desfallecido en un sillon. Y luego añadió, dirigiéndose al amigo.

—¿Lo ha oido vd.? *Pilon* me busca. Viene á matarme!

Y poco faltó para que aquel hombre echara á llorar como una mujer.

—No se alarme vd., señor don Pedro—le dijo su amigo. Haga que pase adelante y se convencerá de su error. Alguna diligencia debe traerle.

—No señor: viene á matarme. ¿Qué tiene que ver con un pobre escritor un soldado victorioso como él, á quien debe faltarle tiempo para recibir los agasajos del pueblo? Pero ¿qué hago, si no tengo por donde huir? Estoy perdido!

—Diga,—dirigiéndose al sirviente: ¿Está solo ó acompañado de hombres armados ó de soldados?

—Solo, señor—le respondió.

—¿Tiene sable, pistolas ó lanza?

—Ni baston, señor.

—Entonces, él mismo me degollará. Debe traer oculto el puñal.

Ah! Qué horrible muerte voy á tener! Como mataban los bárbaros mazorqueros de Salomon, que el burro de mí aplaudía creyendo que don Juan Manuel no caería jamás. Y todo por ese maldito apodo de *Pilon!*

—No, no morirá don Pedro y serénese—le repitió el amigo—Nosotros le defenderemos.

—Gracias, muchas gracias. Al fin es un consuelo que muramos juntos—le contestó sin fijarse en el disparate que decía.

Intertanto—continuó el amigo—reciba vd. al General, que espera hace rato.

Angelis apenas pudo levantarse del sillon para arreglarse su desparpajado traje de trabajo y ponerse un largo leviton que usaba.

El sirviente salió á dar el recado correspondiente al General.

Minuto despues, apareció en la puerta la cara típica de Madrid, que, aunque Angelis la había visto muchas veces, le pareció en aquel momento la de un facineroso sediento de sangre.

El *valiente* escritor de *La Gaceta Mercantil* y del *Archivo Americano* sintió que sus piernas amenazaban ceder al chucho de miedo que conmovía todo su cuerpo. Su roja nariz estaba amarilla como un limon maduro.

—Señor don Pedro ¿vd. por aquí todavia?—le dijo el General en tono cariñoso, aproximándosele con la mano estendida.

—To... to... da... da... vi... a, ge... ge... ne... ral...—respondió Angelis, cuya lengua no acertaba á pronunciar correctamente una palabra, y alargó su brazo tembloroso para tomar la mano firme del guerrero.

—¿Y aun tiene imprenta?—continuó el General—conservándose en pié, por que, en su atolondramiento, el dueño de casa, á pesar de ser cultísimo, olvidó ofrecerle un asiento.

Sí, si ge... general. Al... go des... mantelada—contestó. Y sin darle tiempo para continuar, siguió el General:

—Pues yo tengo un asunto de que tratar con vd. referente á imprenta.

—Ve... veamos—respondió Angelis. Pero interiormente se decía: ¿Un asunto de imprenta? No hay mas: son mis escritos contra él, de los que viene á pedirme cuenta. Me mata!

—Aquí traigo—continuó el General—y buscaba algo en el bolsillo interior del levita, sin poder dar pronto con el objeto; operacion durante la cual Angelis se confirmaba en sus sospechas y le temblaban las piernas con violencia.

—Aquí está—dijo al fin Madrid—sacando un pliego de papel de oficio, escrito.

Angelis respiró ampliamente al ver aquello.

No eran sus escritos.

—Estos son unos versitos que he compuesto—agregó el guerrero—por que soy tambien un poco poeta, y como los soldados gustan de estas cosas para cantarlas en la guitarra, los he hecho para darles gusto. A ver, don Pedro, ¿que le parecen?—alargándole el papel.

Angelis ya estaba sereno. Tomó el escrito y leyó:

Paisanos, viva la Patria
Y sus vínculos de union!
Que vivan los hombres libres
Que tiene nuestra nacion!

Cielito, cielo que sí
Cielito de la igualdad;
Se acabó la tiranía
Ya volvió la libertad.

No pasó adelante.

—Muy *buono*, muy *buono*, General—dijo Angelis á Madrid, con toda la espresion fisonómica de una ponderacion merecida.

—Le gustan? Cree que harán efecto?—volvió á preguntarle el viejo soldado, cuyo lado flaco estaba completamente tomado.

—Oh! Muy *buono*, muy *buono*—respondió el palaciego de Rosas.

—Bien entónces. Quiero que me haga imprimir doscientos ejemplares en hoja suelta y que me diga lo que cuesta el trabajo.

—Le haré tirar *diez mil* ejemplares, General, sin que le cueste nada—respondió Angelis—Tengo á mucho honor el poder ofrecer esta pequeña prueba de mi grande estima por V. E.

Madrid agradeció la fineza, se despidió cariñosamente y se retiró.

—Desde este momento, *Pilon* deja de ser *Pilon*—dijo Angelis al ver que Madrid desaparecía.—Yo lo inventé y yo lo mato y lo entierro. Jamás he tenido horas mas amargas que las ocasionadas por ese maldito apodo.

LAS VACAS DE LA VIRGEN

Fué la Vírgen del Rosario la patrona instituida por el fundador de la ciudad de *Vera*, en las Siete corrientes, licenciado Juan de Torres Vera y Aragon; pero con el andar de tiempo y al rigor de predilecciones religiosas, la poblacion y el cabildo dieron preferencia sobre aquella á la Vírgen de las Mercedes, por desaparicion de langostas y por copiosas lluvias habidas despues de una gran seca, debidas á dicha divinidad segun el decir y la credulidad de la gente. Quedó así incrustado en la conciencia pública, como pepita de oro en cuarzo, que la Vírgen de las Mercedes era la estrella guiadora de los correntinos en el camino de su felicidad. Por eso es tradicional su culto, y solemne, imponente y popular su fiesta en la capital. En esa adoracion se vé palpitar todavía el sentimiento moral candoroso y puro de un pueblo sencillo y virtuoso.

Pero, como en este mundo hasta el amor se esplota, y es cuanto puede decirse en prueba de la debilidad humana, los reverendos padres mercedarios armaron mayúsculo barullo en *Vera*, allá á los principios del año 1756, parapetándose detrás de la Vírgen y esplotando su culto, con el poco religioso objeto de defraudar los intereses del rematador de diezmos. Maria, la pobre y buena esposa del carpintero José, que ni soñado había en las comarcas de Galilea de que pudiera existir la América y mucho menos de que ella podría hacerse propietaria rural y rica criadora de hacienda vacuna en un rincon del mundo descubierto por Colon, resultaba ser fuerte hacendada en *Vera*, por obra y gracia de sus sacerdotes, no para provecho de ella sino para el de los frailes.

El vecino de Santa-Fé Bartolomé Diaz de Andino poseía unas dos mil cabezas de ganado vacuno en el rincon del Empedrado, campo de propiedad del convento de las Mercedes, cuyo comendador se lo había arrendado á muy buen precio, reservándose para la comunidad el derecho de pasar en el establecimiento una temporada del año. Dichas haciendas estaban sometidas al impuesto decimal de cuatropea, que se remataba anualmente, corriendo su percepcion de cuenta del que lo obtenía. Andino, sin embargo, resistió el pago del impuesto; y, para

no ser obligado, se entendió con los mercedarios, quienes se prestaron á poner los animales bajo la proteccion de la patrona del pueblo, haciéndolos pasar por *vacas de la Virgen,* destinadas á costear con su valor la reedificacion del templo del convento.

El rematador de diezmos, Francisco Moreno, no pudo conseguir á buenas que la estancia del rincon del Empedrado pagara la contribucion; el poder secular abonaba en cierto modo la trapisonda, negándose á proceder como era de justicia, por tratarse de *vacas de la Vírgen.* Cansado de reclamar inutilmente, el perjudicado recurrió en queja directa al obispo de Buenos Aires, doctor Cayetano Marcellano y Agramont, y, por mandato del prelado, dirimió la cuestion el juez mayor de rentas, ordenando el pago del diezmo y cometiendo la ejecucion de la sentencia al doctor Antonio Martinez, vicario eclesiástico y juez de rentas decimales en *Vera*, facultándole para solicitar el auxilio del poder secular en caso de que los frailes resistieran.

Intimados los mercedarios al pago, en forma cumplida y amistosa, respondieron con altanería al vicario: «que no darían diezmo de las *vacas de la Vírgen*». Fué tiempo perdido el empleado en convencerles; no hubo medio de reducirles, especialmente á su comendador, fray Bartolomé Reyes, alma de la resistencia. Las vacas eran

sagradas como su fingida propietaria, salvo el privilegio de los frailes para venderlas por lienzo, la moneda de entónces, y de negociar los cueros y engullirse sus carnes en pucheros, guisos y asados—de lo que resultaban ellos mas sagrados todavía que los animales y en mejor condicion que la Vírgen dueña, cuyo nombre andaba en juego sin comerlo ni beberlo.

El vicario se vió en la dura necesidad de solicitar el auxilio secular; pero no bien pasó la correspondiente nota al teniente gobernador interino, José Luis de Acosta, toda la comunidad mercedaria se levantó como enjambre de avispas embravecidas.

Despues de alborotar la pequeña poblacion—recorriendo las calles y las casas en busca de *fieles cristianos,* que les ayudaran á defender las *vacas de la Virgen,*—con buen cortejo de crédulos fanáticos, se presentaron los frailes al cabildo pidiendo ser asistidos en el derecho de la madre de Dios, en virtud de las bulas y privilegios que tenía el convento, cuyos documentos exhibieron y comentaron con la exaltacion *relijiosa* requerida por la pillería. La barra que llevaron les hizo coro con gritos y aclamaciones, que pesaron en el ánimo de los cabildantes. Mas como el cabildo no podía tomar legítimamente cartas en el asunto, arbitró diputar á dos de sus miembros ante el vicario, á fin de rogarle que

suspendiera la ejecucion hasta ver el resultado de los recursos que entablaría en Buenos Aires un comisionado espreso despachado por los mercedarios, matando caballos. La medida resultó ineficaz, por que el vicario no podía detener la secuela del asunto, siendo, como era, mero ejecutor de superiores mandatos y habiendo por medio derechos particulares comprometidos. Así lo manifestó el doctor Martinez á los comisionados, suplicándoles recabaran de la autoridad el concurso solicitado de ella.

La Virgen de las Mercedes era para todos una potencia, y mala gana tenían los cabildantes de ayudar al vicario; sin embargo, en el caso, les era forzoso acceder al pedido, pues de otro modo desobedecian las órdenes recibidas de Buenos Aires. Previendo el conflicto, teniente gobernador había puesto en salvo su bulto delegando el mando en el alcalde de primer voto, Tomás de Galarza, con el pretesto de servicio político en la campaña, y fué á su reemplazante á quien tocó poner á disposicion del vicario la fuerza pública necesaria.

Los frailes se dispusieron entónces á defender como les sujiriera el ingenio las vacas de su arrendatorio Andino.

Retirados á su convento con el despecho del rachazo, hicieron abrir todas las puertas del templo, descubrieron la imagen objeto de la adora-

cion popular, prendiendo delante de ella multitud de luces, y echaron rogativas con las campanas. Eso bastaba para poner en sediciosa efervescencia la poblacion, ya conmovida en su sentimiento religioso; pero los frailes quisieron mas. Muchos de ellos salieron á recorrer casa por casa ofreciendo á los vecinos bala y pólvora para correr al Empedrado en defensa de las *vacas de la Virgen*; y el comendador, en el átrio del templo, vociferaba como un maniático contra el vicario, el notario, el alcalde y el cabildo en masa, diciendo entre otras cosas que estaban escomulgados por atentar contra los derechos de la madre de Dios.

El pueblo se convirtió en un infierno. Los hombres, que poco necesitaban por sus creencias para ofrecerse á los frailes, eran apurados por sus esposas, madres é hijas para que lo hicieran inmediatamente: y de todas partes, á pié, á caballo, armados ó desarmados, corrían presurosos al convento en demanda de un puesto de combate. De las mujeres no hay que hablar. Cuando toman participacion en un hecho cualquiera son capaces de sacar de la cola al diablo de lo mas profundo del infierno.

El cabildo se alarmó ante aquella sedicion, y mandó á su alcalde de primer voto á conferenciar con el padre comendador; pero éste ni se dignó saludar al primer magistrado de la so-

ciedad, porque *estaba escomulgado*; y, además, se disponía en aquellos momentos á montar á caballo para trasladarse á la estancia. El alcalde se retiró desairado y avergonzado.

Los frailes, intertanto, partieron en cabalgata hácia el campo, llevando dentro de un cuadro de ellos una pequeña imájen de Vírgen, que el comendador conducía asentada sobre la cabecera de su recado. Con ellos marcharon todos los vecinos que poseían caballos. La partida de milicias que debía sacar el diezmo se preparaba á la sazon y salió poco despues.

Durante la ausencia, las campanas de la iglesia no cesaron de tocar rogativas, ni el templo se cerró en las horas de la noche. Las mujeres suplían la falta de los frailes para las plegarias, pues como en los dias de jubileo entraban unas y salían otras á rogar á Dios por las *vacas de la Vírgen*. El poder secular nada hacía; in pectore estaba del lado de los frailes, y el mismo alcalde Galarza, á pesar de su bochorno, gozaba interiormente con el espectáculo. Los frailes habian tenido el pulso de herir las cuerdas mas sensibles: el culto á la Vírgen y la escomunion.

La partida volvió sin las vacas del diezmo. Los mercedarios la esperaron á la entrada del camino real en su campo, y su comendador la hizo volver aterrorizada, fulminando á los solda-

dos como á herejes y condenados por haberse atrevido á respetar órdenes de escomulgados contra la propiedad sagrada de la Vírgen. Hoy nos reimos de amenazas tales, pero entónces era el máximun de la desgracia merecerlas, y no ya los hombres ignorantes y sencillos, como los que componían la partida, los mismos supuestos ilustrados temblaban al oirlas. ¿Como castigar, pues, á los milicianos? No procedían por cobardía; se trataba de su *condenacion eterna* si pisaban el campo del rincon de las Mercedes, y en ese terreno cesaba de actuar el poder civil. Era caso de conciencia!

Los frailes victoriosos penetraron en la ciudad triunfalmente. La imajencita viajera no parecía fatigada de tanto galope, ni tampoco satisfecha del triunfo alcanzado: la misma cara de cuando la metieron en correrías vaqueras. Eso sí, la habían adornado abundantemente, y en sus dos manos se veían frescos nardos y gajos de cedron.

Los mercedarios, empero, no reposaron sobre sus laureles, ni el vicario aceptó su derrora. Despues de la jornada unos y otros continuaron la lucha sacando á relucir armas nuevas.

Al mismo tiempo que los primeros seguían con sus plegarias, rogativas, iluminacion del templo y el atizamiento del cisma en la poblacion, el segundo predicaba contra ellos en la iglesia matriz, atacando la pillería y mostrando que hacían

una esplotacion inícua del culto de la Vírgen de las Mercedes. Los frailes devolvían sermon por sermon y plática por plática; de modo que fué aquello un tiroteo constante y nutrido de iglesia á iglesia. El Vicario predicaba en desierto. Los frailes tenían apasionada á la poblacion. No había cómo sacar de entre ceja y ceja de aquella buena gente que los mercedarios hacian de malandrines en la ocasion.

Mas ni asi se dió por vencido el doctor Martinez. Por segunda y tercera vez pidió nueva partida al alcalde de primer voto, y por segunda y tercera vez hicieron los frailes nueva campaña al Empedrado, con el mismo resultado que la primera.

La última intentona del vicario coincidió con la fiesta de San José. Muy temprano celebraron los frailes la funcion, siendo el del sermon panegírico el comendador Reyes. No sabemos—el proceso no lo dice—si por que olvidó lo que tenía que decir ó con estudio, á poco de comenzar su oracion, dijo, ahogándose: «Estoy con la zoga al cuello y con el caballo ensillado para ir á defender las *vacas de la Vírgen.* No puedo pues, continuar, amados oyentes mios. Me voy á cumplir con la Vírgen». Y bajó del púlpito como un deschavetado, montó á caballo y salió por la plaza á gran galope hácia el campo. Los asistentes á la funcion hicieron un colosal barullo

en el templo, llorando las mujeres y los niños y corriendo atropelladamente los hombres.

Sobre la marcha, los demás frailes tocaron las campanas llamando á los cófrades de la Vírgen al templo, y hubo tal afluencia de gente que se llenó la iglesia, el átrio y una parte de la plaza. El mas locuaz cómico de los socios de Andino, parado sobre una mesa puesta en el átrio, hizo una plática terrorífica contra los enemigos de la Vírgen, relatando las desgracias y los martirios que habian sufrido en otras partes, para deducir en conclusion que « del mismo modo moririan los que estaban empeñados en sacar el diezmo. Si los escomulgados ordenan á vuestros esposos, padres ó hijos— decía á las pobres mujeres—que atropellen las *vacas de la Vírgen*, no consintais que lo hagan, mujeres cristianas, porque ellos y vosotras se condenarán por toda una eternidad ». Tras de esta píldora, invitó á la poblacion para acompañar á la Vírgen, que marchaba á su estancia á defender sus vacas, señalando como hora de partida la salida de la luna de esa noche.

El golpe era maestro, y, para que mas efecto surtiera, la imájen predilecta fué bajada del nicho, colocada en el altar mayor y puesta sobre las andas usadas en las procesiones, en actitud de marcha. ¿Cómo podía nadie dejarla partir sola? ¿Cómo resolverse el vecindario á

quedar sin su patrona, y nada menos que por una causa herética? Seguirla, sufrir con ella las *fatigas* de la campaña y, si acaso lo exigía la situacion, perecer antes que consentir que fueran arrebatadas sus vacas, fué la unánime resolucion del auditorio.

Una copiosa lluvia cayó felizmente con mucha oportunidad, al anochecer, y aguó la farza. Por vez primera, durante aquella torpísima comedia, los frailes tuvieron un poco de comedimiento con la Vírgen, que por ser de palo aguantaba todo: la madre de Dios se vió libre de chapalear en los barriales del pueblo y en los fangales del pantano. Sin embargo, no queriendo perder la ocasion de aprovechar la exhitacion pública, los mercedarios echaron mano de otro recurso.

A las once de la noche salió uno de ellos á caballo, armado de un par de pistolas y con pólvora de repuesto, y se andubo toda la ciudad á toda carrera, disparando tiros y pidiendo auxilio «porque los indios habian avanzado y estaban degollando». El alboroto fué tremendo y el terror y el espanto irresistibles. Nadie pensó en defenderse sino en huir á los montes próximos; pues aunque los indios no llegaron jamás hasta la ciudad, sus fechorias salvajes en la jurisdiccion los hacian temibles. La calma se restableció con la venida del dia y la persua-

cion de que nada habia ocurrido, regresando recien entónces á sus casas las pobres familias.

Los comentarios y los cálculos sobre el orí-jen del suceso fueron á cual mas raros. Dominada la gente por el fanatismo azuzado con motivo de las *vacas de la Vírgen*, era algo sobrenatural el fondo de todas las esplicaciones hipotéticas. Los frailes lo habian previsto, y buscando ese resultado habian procedido. Logrado su objeto, «echaron la voz de que San José fué el que en la noche anterior recorrió las calles á caballo y disparó tiros, porque vino á defender las *vacas de la Vírgen.*» Y la estúpida invencion corrió, y sublevó mas todavía contra el vicario á la grey torpísima.

Viéndose el doctor Martinez impotente para contener á los frailes y en peligro de ser aplastado por los fieles de la Vírgen, instruyó un sumario sobre los sucesos y lo sometió al obispo de Buenos Aires. Los frailes pretendieron todavía enredar ante el prelado, pero este no andubo con chicas: mandó por sentencia que las *vacas de la Vírgen* pagaran el diezmo, fuesen ó no fuesen de la madre de Dios, y reconvino, con serias amenazas, á fray Bartolomé Reyes «se contuviera en los escándalos, sediciones, disturbios y desacatos cometidos, reservándose S. S. I. juzgarlo por su conducta.» Los frailes arriaron bandera, el diezmo fué pa-

gado y la maltratada Vírgen de las Mercedes quedó en paz.

Los mercedarios comprendieron tarde el mal que se hicieron con los escándalos. Desde entónces principió á decaer su convento y no hubo forma de levantarlo. La sentencia del obispo mostró á la poblacion que había sido juguete de una esplotacion indigna y que el culto á la Vírgen en nombre del cual fué conmovida era totalmente independiente de las vociferaciones de sus sacerdotes. Aprendió asi, á costa de su vergüenza, á ser menos crédula y mas sensata, menos fanática y mas religiosa racionalmente; resultando por consiguiente de los escándalos dos beneficios que no sospecharon los frailes: las *vacas de la Vírgen* convertidas para ellos en las siete vacas flacas del sueño de Faraon interpretado por José; y el sentimiento religioso del pueblo elevado sobre la concepcion estrecha que malos ministros del altar habian inspirado y sostenido para los fines de su esplotacion.

LAS PRENDAS DE ANDRESITO

NOCHE que Andresito salía á recorrer las calles de Corrientes con su banda de música compuesta de violines, clarinetes y bombo, era víspera de amanecer muchos apaleados en cama.

Cada serenata que daba se echaba á pecho sendos vasos de caña, que si no le ofrecian espontáneamente en las casas pedía sin etiqueta; de suerte que siempre se ponía borracho antes de terminar su gira y la concluia á sablazos con sus soldados, sus músicos y los infelices ciudadanos de quienes primero se acordaba. En ese estado le daba por administrar *justicia*.

Una noche, que andaba de jarana, quiso mostrarse galante con la señora Dolores M. de Blanco; y á eso de la una de la mañana sintió la mencionada señora que la música de los indios invasores sonaba en la puerta de calle de su casa, distinguiendo perfectamente bien la voz del

general, que le ofrecía á gritos aquella serenata temible.

Muchas niñas de la relacion de la señora y sus jóvenes hermanas se hallaban refugiadas en su casa desde la entrada de los guaraníes misioneros. Vivian encerradas y poseidas de un miedo cerval.

La música llegó á los oidos de las niñas como si fuera el estallido de un rayo.

El caso era en verdad gravísimo.

Si Andresito exigía ser recibido ¿como negársele, con qué resistirle? Y una vez dentro ¿no se le ocurriría al indio armar un baile, como acostumbraba, y obligar á las jóvenes, cuya permanencia en la casa podía haber conocido, á bailar con sus soldados ó someterlas á otros vejámenes?

Había además en la casa un gran enemigo de todos sus moradores: un destilatorio de aguardiente; mas que pega-pega para Andresito, mas que talegas de oro para su aficion á la caña. Capaz era de no salir mientras no recibiera en la boca la última gota despedida por el gotero del alambique. Si en los tiempos aquellos hubiera existido ya la cerilla de fósforo, con prender un cigarro al lado del general se habría incendiado.

El destilatorio fué, sin embargo, lo que salvó la situacion.

Mientras las niñas se vistieron apuradamente y se pusieron en salvo tomando la huerta para trasladarse á otras casas de la vecindad, la señora de Blanco, sacando fuerzas de su propio susto, armóse de dos grandes botellas de aguardiente y salió al recibo del general; pero buen cuidado tuvo en no abrir la puerta: por una ventana de la sala que daba á la calle agradeció la *fineza* y presentó el obsequio al indio.

El golpe valió mas que un pistoletazo: rindió al general; que allí no mas vació los dos frascos, pidiendo en seguida cuatro mas, con los que se retiró gratísimo.

La tranquilidad volvió á reinar en la casa, y cada cual tomó su lecho.

Mas, no había trascurrido media hora cuando se oyeron fuertes golpes en la puerta de calle

Nueva alarma y nuevo preparativo de huida.

La señora fué á la ventana á ver lo que ocurría. Era un ayudante de Andresito que venía en busca de mas aguardiente por que á dos cuadras de distancia había formado el general un baile.

«—Aquí le manda mi general en prenda su corbata—dijo el ayudante á la señora, alcanzándole un pañuelo de seda—por cuatro picheles de caña».

La señora entregó el aguardiente pedido, devolviendo el pañuelo, con este mensaje: «Diga vd. al general que tiene crédito ilimitado».

Un cuarto de hora despues, nuevos golpes y nuevo pedido.

El ayudante llevaba ya entónces el pañuelo y el pantalon del general: el primero por los anteriores picheles y el segundo por seis mas; y suplicó á la señora que recibiera las prendas, por que de volverlas á su dueño corría el peligro de ser apaleado.

Los picheles fueron y las prendas quedaron.

Al rato, el mismo emisario con la chaqueta de Andresito por seis picheles· y, sin retirarse aun, llegó otro con el sable de aquel por igual número de frascos.

El general estaba en el baile desnudo con mas aguardiente en el cuerpo que el alambique desagotado.

El esceso de beber aguardiente evitó esa noche las sableadas de costumbre. Los últimos picheles postraron de tal manera al indio que fué preciso llevarle en peso á su casa.

La que se vió en apuros fué la señora de Blanco. ¿Qué hacía de las prendas? Si las remitía á su dueño, podía tomar á ofensa el acto; y si las retenía, considerarse robado durante la embriaguez. En anciedad pasó la mayor parte del dia.

Andresito, intertanto, dormía su mona como un tronco. Su ayudante temblaba ante la idea de ver furioso á su general al encontrarse des-

nudo y sin espada: si no lo mataba á palos cerca le andaría; pero no se animó á reclamar de su cuenta las prendas.

El general artiguista despertó á la tarde, muy manso. Vagos recuerdos tenía de la noche anterior. Preguntó qué se había hecho su ropa, y siéndole dicho dónde se hallaba y por qué causa, ordenó que se reclamaran inmediatamente las prendas, porque la caña que había bebido *no fué buena* y por consiguiente no estaba obligado á pagarla. Y asi se hizo.

Ese barro amazado con aguardiente sirvió de molde al artiguismo en Corrientes.

UNA FACTURA

DE IMPORTACION JESUÍTICA

REMONTA al año 389 de la era cristiana la reglamentacion oficial del culto á los huesos de los santos, pero arranca del Concilio de Constantinopla, en 692, la especulacion y el tráfico de las *reliquias*, esplotando la ignorancia y fomentando la supersticion. En los *siglos de oro* del cristianismo—los tres primeros—la nueva religion se abrió paso con la moral de su doctrina y la virtud de sus apóstoles y de sus creyentes; no necesitó de amuletos ni talismanes para crecer y dominar las conciencias: Jesus, el mártir sublime, vivía en los corazones.

Quedan muy atras las ganancias pecuniarias que la industria contemporánea obtiene de los huesos de las sumas de dinero y beneficios de otro órden que los esqueletos de mártires y sus vestidos producían á los ministros del catolicismo en el dilatado lapso de tiempo que el reinado del oscurantismo les permitió mandar en absoluto. Exhumaban con pompa los cadáveres de santos, y luego los dividian en mil fragmentos para ven-

derlos á buen precio ó regalarlos mediante buena remuneracion ó para avivar con mas pasion la ceguera de la idolatría. Dificultad baladí era la de saber dónde y cuándo había sido enterrado un mártir: el mismo se aparecía en sueño á un místico y le revelaba el paradero de sus huesos. Con tales facilidades, fundó el Papa, en Roma, un tribunal de *Reliquias é indulgencias*, infestando todos los países con el artículo que por millares salía al dia de la fábrica.

Abarrotadas estaban de *reliquias* la mayor parte de las naciones europeas, cuando el descubrimiento de América abrió nuevas plazas de consumo al artículo; mas pocos ejemplares de él llegaron al nuevo mundo en los primeros años de la conquista. Los indios no entendian de santos. La corriente de esportacion se estableció recien cuando hubo pueblo preparado para recibir el sistema del viejo continente; entónces, se derramó sobre los paises vírgenes un mar de huesos de santos.

En el Rio de la Plata, fueron los jesuitas los principales empresarios del negocio. Raro era el buque ultramarino que llegaba sin traerles consignada alguna partida de *reliquias*; y, así como hoy dia se pide el despacho aduanero de cajones de bebidas y piezas de jénero, á solicitud de parte despachaba la autoridad eclesiástica las *reliquias*, prévio examen, á fin de que pudieran circular libremente en el mercado de la supersticion.

De las innumerables facturas importadas en dos siglos, fué la mayor una que condujo á Buenos Aires el padre Francisco Burgos, procurador de la compañía en mision especial ante el jefe del catolicismo.

El Papa había ordenado á fray Pedro Lamberto, obispo profiriense y prefecto del sagrario apostólico, que metiera pico y azadon á las sepulturas del cementerio de Lucina, en Roma, con el *religioso* objeto de proveer de materia prima la fábrica de *reliquias*; y el buen fraile se les agachó con ganas á las tumbas, vaciando muchas de ellas. Presentados los huesos á la congregacion de indulgencias y reliquias, esta los reconoció como de santos, á pesar de no tener marca, y los declaró objetos de veneracion.

El padre Francisco Burgos se encontraba en Roma procurando franquicias papales para su órden en el Rio de la Plata; y, viendo tanto hueso esplotable, pidió y obtuvo una buena cantidad de ellos con sus correspondientes certificados. Los acondicionó en un cajon de media vara de largo y seis dedos de ancho y alto, pintado de fuera y liado con una cinta roja en la que hizo poner tres sellos distintos, en lacre, de los usados para autenticar la procedencia de los objetos.

La factura llegó á Buenos Aires en los últimos dias del mes de enero de 1714, y el

primero de febrero siguiente se presentó el rector del colejio de jesuitas, padre José de Aquino, al Dean y Cabildo eclesiástico, por estar vacante la Sede, solicitando el despacho de los siguientes artículos:

«Las canillas de San Deodato, mártir.
«La canilla de Santa Victoria, mártir.
«Parte de la cabeza de Sta. Emerita, mártir.
«Parte de la cabeza de San Honorato, mártir.
«Parte de la megilla de San Venerando, mártir.
«Parte de la megilla de Santa Generosa, mártir.
«Y los huesos de los santísimos mártires Saro, «Valentino, Benedicto, Bonifacio, Abundancio, «Prudencio, Ampliata, Fausta, Columba, Creencia «y Pacífica».

Con todas las formalidades de estilo, es decir: frailes revestidos, rezos en coro, luces prendidas, iglesia abierta y anuncio estrepitoso de campanas,—una comision *ad hoc* rompió los sellos y abrió el cajon que tanta preciosidad contenía. Se trataba de examinar si los huesos eran realmente de los difuntos nombrados. ¡Y cómo fueron de sabios los miembros de la comision! Con solo ver y tocar los huesos amarillentos y carcomidos, declararon legítimas y genuinas canillas de San Deodato y Santa Victoria las del

Archivo general de la Nacion, Legajo *Papeles de los Jesuitas 1700-1760* —Espediente formado á propósito de la solicitud del padre Aquino.

cajon, y de los demás prójimos los otros pedazos de cráneo, pómulos y costillas.

El dean, provisor y vicario general del obispado, Domingo Rodriguez de Armas, se dió por muy satisfecho del resultado del examen, y por resolucion del 14 febrero permitió la introduccion y circulacion de las *reliquias*, señalando el dia trece de marzo para la celebracion anual de las canillas de San Deodato y el catorce del mismo mes para la canilla de Santa Victoria. Los demás huesos quedaron sin dia, tal vez por que eran pedazos.

No dice el manuscrito consultado cuál fué el beneficio que produjo á los jesuitas el negocio; pero podemos calcularlo sabiendo, como se sabe, lo mucho que esa órden esplotó á los pueblos dominados por la ignorancia y el fanatismo.

En cuanto á las canillas y demás huesos, ni vago recuerdo existe de ellos en la tradicion del pueblo; y á fe que sería digna del empecinamiento del partido católico argentino la empresa de campearlos.

LA DRAGONA

Los artiguistas ocupaban el pueblo de Mandisoby al mando de José Miguel Chiribao, y, haciendo de aquel puntò el centro de sus operaciones, infestaban con partidas y cuadrillas de bandoleros parte del territorio fronterizo de Entre-Rios y Corrientes, interceptando las comunicaciones de las dos provincias.

El gobernador intendente de Entre Rios, teniente coronel Blas José Pico, marchó sobre ellos con toda la division de su comando, y trás una jornada forzada ocupó el pueblo el 28 de setiembre de 1814. Los perturbadores del órden lo habian abandonado al saber su aproximacion, llevándose á todos los habitantes, como las tropas de Artigas sabian hacerlo, á punta de lanza y á filo de sable.

Las sospechas de Pico sobre la direccion de los anarquistas, eran vagas; felizmente, capturó un espía de ellos y por él supo que se encontraban en el «Paso de Belen.» Inmediatamente dispuso que el segundo jefe de la division, teniente coronel

José Maria Lorenzo, fuera á batirlos con ciento veinte dragones, una pieza de á cuatro y treinta milicianos de Gualeguaychú encabezados por el comandante Gregorio Samaniego. La columna espedicionaria se puso en marcha al entrar el sol.

En ella iba, acompañando á su esposo, un dragon, Juana Montenegro, una de esas mujeres que no abandonan á su prenda querida en las mayores rudezas de la vida, verdaderas heroínas del amor y ángeles de consuelo y de caridad á la vez en medio del fragor de los combates para cuantos caen derribados por el plomo. No compartía de las fatigas de su esposo en clase de soldado, como no lo hacian ni lo hacen sus iguales; era simplemente su ayuda para descargarle de todas las atenciones propias de su sexo. Pero, de varonil carácter, hacía siempre ostentacion de un sable ceñido sobre la pollera, que nunca habia desnudado pero que guardaba para los casos inesperados y estremos.

Al verla seguir la espedicion, cuando sus compañeras quedaban en el pueblo, los soldados, siempre traviesos y pifiones, le hacian farzas y burlas. Ella no se ofendía: era corrida en jaranas soldadescas. «¿A qué viene? —«¡Qué feo va á disparar!» «La víctima será el marido, que por defenderla se hará matar». Tales y parecidos flechazos recibía y contestaba, diciendo de vez en cuando: «Ya verán á lo que vengo».

Durante la marcha llovió abundantemente, pero

el agua no detuvo la operacion. Escampó á las tres de la mañana, quedando siempre amenazante el tiempo.

A las cuatro se hallo Lorenzo á cien pasos del lugar donde le decía el espía que se encontraba el enemigo: un monte espeso. Era oscuro todavía. Esperó que aclarase.

Con la primera claridad adelantó Samaniego con sus milicianos. No veía enemigos. Para llamar la atencion de ellos y conocer su paradero hizo disparar unos tiros al penetrar en el bosque. Los artiguistas, que estaban próximos, en número de mas de doscientos armados de lanza, sable y fusil, cayeron sobre él y detrás de él salieron de su guarida, trabándose el combate en terreno limpio con todas las fuerzas de Lorenzo. Minutos despues de producido el choque, cayó un fuerte aguacero que imposibilitó el uso de las armas de fuego, quedando en virtud de ello con superioridad los anarquistas, por su número. *Carabina á la espalda, sable en mano y á la carga!* fué entónces la voz de mando que dió Lorenzo á su tropa, y se lanzó con ímpetu sobre el enemigo.

Juana Montenegro desnudó tambien su sable, y, colocada al lado de su esposo, se entreveró en la pelea, ágil, entusiasta y valiente como el dragon mas renombrado del regimiento. Deshechos y derrotados los artiguistas, ella siguió en-

carnizada la persecucion á través del monte, donde quedaron girones de su pollera, volviendo al campo de la accion de los últimos, con un fusil arrancado personalmente á un enemigo y que entregó orgullosa á Lorenzo como trofeo de su valor. « Para esto vine »—dijo en seguida con orgullosa altanería á los soldados, que la aplaudian y vivaban.

Pico trasmitió el hecho, en su parte, al supremo director del estado, recomendándola especialmente; y el gobierno premió á la oscura heroina y perpetuó su nombre en el siguiente decreto:

« En consideracion al mérito que especialmente ha contraido Juana Montenegro, batiéndose con el enemigo con un esfuerzo superior á su sexo, vengo desde luego en mandar que dicha Juana Montenegro pase revista en el espresado Regimiento de dragones, desde el dia del ataque, y que se le abone por toda la vida el haber de soldado, dándosele especialmente las gracias por su valor heróico. — POSADAS. — *Javier de Viana* ».

Desde entónces, Juana Montenegro perdió en el regimiento su nombre de pila y su apellido para ser pura y simplemente *La Dragona*.

EL TIGRERO

INDUSTRIA de la que muchos vivieron fué en un tiempo, en Corrientes, la caza del tigre; pero á medida que este animal feroz fué paulatinamente desalojado de su teatro por los *tigres bipedos de pelo rojo*, peores que el cuadrúpedo, ha ido desapareciendo el tipo del *tigrero*, verdadero héroe de leyenda en su guerra á muerte con el temible señor de los bosques y carrizales.

El *tigrero* era generalmente de sangre pura americana, y, sin darse cuenta, perpetuaba en su oficio una de las habitudes genuinas de la estinguida raza primitiva.

A muchos de ellos hemos conocido y á otros oido mentar por sus proezas, siendo de los mas famosos y el que prima en nuestra admiracion, el indio Manuel, titulado *don* por los chiquillos goyanos de su época y apellidado tambien por los mismos *el tigrero*; total: *don Manuel el Tigrero*.

Vivía—mejor dicho, vivía su familia—en un ranchito situado sobre el arroyo del *Rincon de amores*, y sostenía á su mujer é hijos con el producto de la venta de los cueros de tigre que mataba.

Honrado á carta cabal y de una moralidad ejemplar, formó hijos de escelente pasta. Sus nietos tienen hoy ocupaciones de confianza en Buenos Aires en las casas del senador Baibiene, doctor Lastra y señor Alberti.

Era bajo y rechoncho, pero de linda planta. Su cara bonachona y su aspecto general humilde no revelaban su valor temerario, realmente salvaje. El gladiador romano le habría envidiado su musculatura hercúlea y su agilidad pasmosa; y sus negros ojos, dulces y tranquilos en su mirar ordinario, no tenían precio como instrumentos de terror cuando se clavaban de hito en hito. Así miraba á su enemigo jurado cuando se encontraba frente á frente con él en el bosque ó en el pajonal, y en su esperiencia se apoyaba para sostener que hacía pestañear al tigre mirándole con fiereza.

Usaba un traje de confeccion propia, especie de saya ó hábito franciscano, y de zapatos llevaba una plantilla de cuero amarrada con tiras de lonja sobre la parte superior de pié.

Su casa era una perrera. Desde el cusco majadero hasta el mastin cimarron de mas bravura,

de todo había en ella por docenas. Eran sus amigos inseparables y sus soldados intrépidos en las luchas con el tigre. Cuando montaba á caballo, tres ó cuatro de sus perros predilectos iban con él sobre el lomo del noble animal, en tanto que los demás trotaban á su vanguardia y á sus flancos.

Tenía dos sistemas para matar tigres: el combate directo con la fiera, de cuerpo á cuerpo, y la caza con cimbra de fusil. De la práctica de uno y otro refería percances que crispaban los nervios.

Para la lucha no usaba de mas armas que un fusil de chispa, una lanza corta de cuchillo enastado y reatado con piolin, y un facon. Los perros le servían de auxiliares.

Conocía perfectamente las costumbres y predilecciones del tigre y el grado y forma de su potencia ofensiva, estribando en ese resultado de su observacion su táctica de combate.

« El tigre es animal valiente y de empuje irresistible—decía—para los que ignoran sus mañas y no saben aprovechar sus debilidades; pero yo me juego con él como quiero, porque he aprendido á dominarle y de un vistazo le adivino su intencion ». Y sus afirmaciones debieron ser verídicas, pues no sacó un rasguño en los combates que libró con las fieras.

Cuando el tigre era lerdo, moría á bala. Los

perros lo toreaban y enfurecian en círculo, y mientras elegía entre ellos su presa, Manuel lo derribaba con su fusil.

Cuando la fiera era impaciente y de iniciativa para el salto, las refriegas eran á lanza y facon, costando generalmente las victorias uno ó dos perros. En esos combates, la vida del tigrero dependía de la puñalada ó lanzada que tirase. Tenía que matar la fiera con la primera herida ó morir en sus garras. Por eso no embestía; esperaba la embestida para asegurar el golpe. En los casos imprevistos, salió siempre airoso por su gran serenidad y entereza.

Hallóse un dia en el bosque con un enorme macho de piel colorada. Era una onza de oro que brillaba á su vista; pero, tambien, era aquel de la clase de los mas feroces. Siguiendo su táctica, lanzó sobre el tigre á sus fieles y bien adiestrados compañeros; pero el animal despreció los toreos perrunos y se mantuvo empacado y gruñendo dentro del círculo que le formaron. Manuel le puso los puntos y tiró, no dando la bala en el blanco, por haber coincidido el movimiento del dedo sobre el disparador del fusil con un brinco del tigre sobre el perro mas valiente que se le había aproximado; y luego de la detonacion y de la disparada estratéjica de sus auxiliares, vió el tigrero que la fiera se le iba al humo como una flecha. *Mas*

lijero que luz, desnudó su facon, arrodilló la pierna derecha y, clavando en tierra el regaton de su lanza, recibió al tigre en su último salto con una lanzada en la paleta, que lo detuvo, y una certeza puñalada al corazon.

Para la caza con cimbra, que era la forma de su trabajo nocturno, tenía distintas cuevas en todos los parajes frecuentados por los tigres, y periódicamente las ocupaba. Próxima á la cavidad subterránea colocaba una carnada y sobre ella el cañon del fusil, que, bien amarrado y montado, hacía fuego tan luego como el animal tomaba la presa. Su habilidad para disponer la cimbra era tal, que nunca perdió tiro. Su vida no corría riesgo por que esperaba el golpe metido en la cueva, cuya boca mantenía siempre cubierta con una tapadera de cuero asegurada por dentro con una gruesa cuerda que tenía aquella en el centro. Los perros no le acompañaban en esas operaciones.

Una noche de viento fuertísimo y de tiempo amenazante, estaba *don* Manuel en una de sus cuevas esperando con ansiedad la aproximacion de algun tigre, cuando sintió á la distancia bramidos del codiciado animal. Los bramidos continuaron cada vez mas cercanos, y no de uno sino de varios tigres, hasta que la voz raucísona de las fieras resonó en los alrededores de la

cueva. El cazador no cabía de regocijo en su escondite; tenía asegurada la noche.

El anhelado tiro se oyó al fin y despues cesó todo ruido.

¿Había sido muerto el tigre? Así lo suponía *don* Manuel; pero no estaba seguro de ello. La bala podía no haber dado en region de herida mortal y era menester proceder con cautela para cerciorarse de la realidad. Si el tigre se encontraba simplemente herido, corría inminente riesgo la vida del cazador saliendo sin cuidado de la cueva. Aflojó, pues, sin largarla, la cuerda que sostenía la tapadera del escondite y muy despacio comenzó á levantarla para dar un vistazo, cuando repentinamente sintió sobre su cabeza un gruñido horroroso y las garras del tigre que caían sobre el cuero. La fiera tambien había estado de caza, y lo aguaitaba de donde él no lo soñaba. *Don* Manuel se prendió con las dos manos á la cuerda y la tiró con toda su fuerza, en tanto que la fiera enfurecida gruñía y bramaba arañando y dando manotadas á la tapadera.

Qué angustia espantosa la de aquel valiente acostumbrado á medirse cuerpo á cuerpo con el feroz animal, viéndose por él sitiado, sin defensa posible y sin esperanza de proteccion. Si sus fuerzas cedían al cansancio ó si las garras del tigre levantaban la tapadera, era perdido. De

nada le servía su facon y de nada su temeraria bravura, metido como estaba en una escavacion que apenas lo contenía. Y los minutos, que parecian años, pasaban y tambien las horas, sin que la fiera tenaz abandonara su intento de comerlo. Se le agregaron mas bien otras dos de la cuadrilla cuya aproximacion causara tanta alegría al tigrero, y las tres mantuvieron el sitio de muerte durante toda la noche. Para colmo de desesperacion, el tiempo amenazante se cambió en tormenta deshecha con lluvia copiosa y truenos. ¿Qué iba á ser del tigrero desgraciado si la cueva se inundase? Y ello era posible, á pesar de la altura del albardon del carrizal en que estaba.

El indio guapo creyó por vez primera en su vida que distaba una línea de la eternidad, y reclamó en su auxilio la proteccion divina, formulando en seguida el voto de vestir el sayal franciscano, que desde el dia siguiente usó hasta morir. Y aun era poco prometer. Al mejor se la damos aquella situacion!

Con el dia se retiraron felizmente los sitiadores; pero *don* Manuel no osó apuntar por segunda vez la cabeza sino mucho tiempo despues de haber sentido el alejamiento de sus enemigos. Cuando paseó la vista sobre el lugar, notó que la noche no había sido solo de susto: un tigre muerto estaba en la cimbra. «Uno es poco para

mi susto» dijo. «Necesito matar á los otros tres.» Y los mató, uno á uno, en las noches siguientes, sin haber modificado en lo mas mínimo su sistema de precausiones.

Durante *setenta años* bien contados de los noventa y tantos que vivió, *don* Manuel el tigrero peleó de dia con los tigres y los cazaba por la noche.

Y que vengan á decirnos los ingleses que es hazaña de Teseo matar *un* tigre con armas de precision!

«Sombra de *don* Manuel el tigrero»! levántate á reivindicar la gloria de la bravura de tu raza!

Cuando el tigrero se puso *bichoco*—segun su espresion—á consecuencia de un reumatismo nudoso en las manos y de dolencias provenientes de sus dilatadas permanencias en los carrizales, suprimió por impotencia física la lucha personal con las fieras; pero mantuvo hasta morir la caza por la noche. A los *ochenta años* necesitaba matar tigres para estar contento. No sentía apego á la vida sin algunas de las emociones terribles que habian constituido las satisfacciones principales de su existencia.

UNA INDIRECTA DE ROSAS

OPEZ *Quebracho*, gobernador de Córdoba, había recomendado muy especialmente á la consideracion de su *ilustre* amigo, el *gran* Rosas, á un jóven cuyo nombre verdadero no conviene dar, pero al cual apellidaba REDONDO el *Restaurador de las leyes*, suprimiendo la letra inicial de su apellido. Era uno de los que en la sociedad bonaerense pasaba por correcto caballero.

Buen mozo, federal de sangre y cortesano irreprochable al estilo de la época, el cordobés se distinguía entre los del círculo de *Manuelita*, y esta misma no dejaba de ponerle semblante tentador en sus raptos de coquetería. Pero, de allí á pretender la esclusividad en el afecto y acaso en el corazon de la hija única y mimada de la fiera, había mucha distancia: era algo como el pedido de la luna que los niños hacen.

Sin embargo; el jóven osó á tanto, ya porque fiára en el influjo de su protector ó porque

realmente fuera un *redondo* verdadero de sentido comun, que, prendado de sí mismo, se conceptuó con fuerzas y títulos suficientes para alcanzar en su vuelo amoroso regiones imposibles.

Manuelita no le dió aliento para tanto; pero tan poco le dió con las puertas en las narices, por aquello de que suena siempre bien la palabra del labio apasionado en los oidos de las damas obligadas á sostener la vida galante en salones oficiales. El jóven le prodigaba significativas atenciones; mas ella, notando su objeto, se las retribuía con la discreta diplomacia de una mujer educada.

Mientras el asunto corrió en círculo pequeño, Rosas no paró mientes en él; pero, cargante la audacia del caballero y puestas las lenguas estrañas en la novedad, subióle la mostaza al *Restaurador*.

Don Eusebio de la Santa Federacion jugó pesadas partidas al atrevido, por órden de Rosas; mas ni por entendido se dió.

—Serán cosas de loco — decía; — pues don Juan Manuel me honra con sus distinciones.

Y en verdad: cuanto mas récia era la órden que Rosas daba al *padre Vigua* contra *Redondo*, tanto mas cariñoso se mostraba con él.

Una noche de recibo en Palermo, cuando el gran salon estaba ya repleto de damas y caballeros, se presentó Rosas.

Calzaba largas botas impermeables, cubría su cabeza la conocida gorra de paja y en las manos llevaba dos cañas de pescar.

—Cuál de vds. me hace el honor de acompañarme á pescar—dijo el dictador, dirigiéndose á la concurrencia.

—Yo—Exmo. Señor—contestó en el acto el jóven *Redondo*, para quien era aquella una escelente ocasion de quedar bien con el deseado *tatita*.

Rosas lo esperaba así: ese era su golpe.

—Quien mas había de ser, que uno de mis mas predilectos amigos— respondió; — y, entregando al jóven una de las cañas, le invitó á salir.

La noche era en estremo fría.

Cinco minutos despues, los dos se encontraban á orillas del lago de Palermo, en el que jamás hubo peces, con sus anzuelos sumergidos en el agua y en la actitud de los mas aficionados pescadores.

El pretendiente al amor de *Manuelita* estaba como en el salon: de frac y zapatito escotado.

No hablaban. Rosas se mantenía mudo y el otro no se animaba á promover conversacion. Deseos tenía, sin embargo, el último, de decir que se helaba de frio, pues la crudeza de la noche apuraba de minuto en minuto.

—No pica, amigo—dijo el Restaurador, al cabo

de un cuarto de hora—Entremos un poco al agua, pues, como dice el refran, « el que quiere comer pescado debe mojarse....

—Con sumo placer, Exmo. Señor—respondió el jóven,—no sin comprender que la diversion tomaba malísimo aspecto para él. La negativa era imposible.

Rosas, preparado de antemano, se metio al lago como en su casa, siguiéndole su víctima hasta quedar con el agua á la rodilla.

Un cuarto de hora más en semejante situacion y los peces no picaban.

—Entremos mas—repitió Rosas—y ambos se internaron hasta la mayor profundidad que las botas dictador permitían. *Redondo* sentía ya el agua á altura que marcó el adagio criollo para los que desean comer pescado.

El mutismo continuaba inalterable. Rosas, impasible, seguía sacando é introduciendo con pausa en el agua el anzuelo que pendía de la cuerdita de su caña, mientras que su compañero á nada prestaba atencion, ni á sí mismo, porque se sentía morir de frío.

—Esta noche es mala—dijo al fin Rosas—Nos hemos chasqueado. Pero no importa; me parece que los dos somos afectos á la pesca, y podremos volver mañana. Retirémosnos, mas bien.

—Como V. E. lo disponga, Exmo. señor—con-

testó el jóven, para el cual tenía aquella resolucion la importancía de una conmutacion de pena de muerte.

Desde el lago hasta la puerta del salon del recibo dejó el desventurado *Redondo* el rastro de su respetable mojadura: el agua le chorreaba como de canal maestra.

Rosas penetró en el salon haciéndose preceder de *su amigo*. No estalló la carcajada estruendosa de los presentes al ver al pescador oficioso, porque el *Restaurador* permaneció serio y no era hombre de consentir semejante confianza; pero, las risas comprimidas, los cuchicheos burlones y las miradas provocativas de todos obligaron al enamorado á retirarse más que lijero á su casa.

La chanza era dura; pero no fué comprendida por el paciente. Cosas de don Juan Manuel—decía *Redondo*, justificando así el apellido que Rosas le daba. Y continuó en su empresa y siguió alimentando sus ilusiones.

—Con una indirecta le voy á escarmentar—dijo un dia Rosas!

¡Una indirecta de Rosas!

Era una tarde de dia festivo. Palermo estaba lleno de visitantes, que iban á cumplimentar á *Manuelita*, como rezaba la imposicion de la época.

Muchas damas y caballeros, entre estos *Re-*

donde, se encontraban reunidos en el salon principal del edificio, contentos y en animada conversacion general, cuando apareció Rosas muy risueño y tomó parte en la sociedad.

Repentinamente dejó de hablar y comenzó á pasearse. Todos notaron el cambio y le observaron. De pronto se detuvo, llamó á un ayudante y en voz alta le dió esta órden:

« Vaya y ordene al coronel Hernandez que « haga fusilar á . . . (el nombre del pretendiente « de su hija).

El ayudante partió y Rosas se puso nuevamente alegre y hasta bromista.

Pero la concurrencia, y de ella especialmente el recomendado de *Quebracho*, quedó aterrorizada, esperando por instantes la captura de la víctima. El jóven estaba como clavado en su silla, con la mirada en el suelo, mudo y sin una gota de sangre en la cara—No era para menos—¡Del salon al patíbulo!

Una descarga, que se oyó próxima, aumentó mas todavía la desesperante situacion de todos.

Rosas notó la conmocion que las detonaciones causaron, y dijo riendo:

« No se alarmen. Es un chancho llamado . . . . el que han fusilado. Se le había puesto que me comería la mejor fruta de Palermo y conmigo nadie se juega, aunque sea chancho. »

El primero que cazó la indirecta fué el jóven

pretendiente. Un chancho por él! Y fusilado!

Los espíritus se serenaron, la animacion primitiva volvió á reinar, y el mismo Rosas, como si tal cáscara no hubiera roto, se aproximó á su recomendado y le invitó afablemente para repetir esa noche la pesca en el lago.

Escusado es decir que *Redondo* se sintió renacer y que aceptó agradecido la invitacion; pero, desde aquella tarde, nadie le vió mas en Palermo ni en Buenos Aires.

La *indirecta* de Rosas hizo que le tragara la tierra.

ROSAS MÚSICO

ERA una noche del mes de julio de 1850. Un frío viento sur y una lluvia menuda y constante helaban á los centinelas numerosos que guardaban en Palermo las proximidades de la habitacion del tirano Rosas, mientras él se paseaba meditabundo en su secretaría privada, teniendo por único testigo al jóven Eudoro Carrasco, escribiente de aquella, al cual le había tocado quedar de guardia, segun costumbre, para lo que á cualquiera hora se le ocurriera al *Restaurador* dictar ó hacer copiar.—El reloj marcaba las once y media.

¿Que pensaba la fiera sanguinaria? ¿Acaso en alguna dificultad internacional, en alguna cuestion interna de Estado? Algo había olido ya del futuro levantamiento de Urquiza, y aunque cobardes unitarios, habian venido del destierro á rendirle homenaje, él sabía que su poderío estaba conmovido.

El escribiente le observaba con discrecion, y suponía que en el cerebro de aquel hombre

infernal se estaba elaborando algun plan de trascendencia; y tal creencia la habría mantenido siempre si Rosas mismo no le hubiera sacado de su profundo error.

« Esa banda.... esa banda no adelanta »—oyó decir repentinamente Carrasco; y antes que mirara al dictador para cerciorarse de que él y no otro era el que hablaba, recibió esta órden:

« Ponga vd. inmediatamente una carpeta para el coronel Hernandez, diciéndole que mande aquí la banda de música de su cuerpo, con todos sus papeles, esta noche, á las tres de la mañana. Tengo ganas de examinarla—Intertanto, voy á recostarme, y cuando venga me despierta vd. »

Rosas se retiró á su dormitorio.

Carrasco formuló la órden en la correspondiente carpeta, que entónces reemplazaba á las notas, y un edecan de servicio partió con ella á escape al campamento de Hernandez, distante unas diez ó doce cuadras.

El terrible seide del tirano tuvo que dejar su cama, á pesar de la hora y del respetable frio, por que, sorprendido de la órden, quiso cumplirla personalmente para mayor tranquilidad suya. Conocía perfectamente á su amo.

Los pobres músicos y soldados dormian tranquilamente en sus cuadras. La noche cruda unida á las fatigas de los ejercicios y otros

trabajos diarios hacía como nunca amable el descanso y el calor de la cama.

Un prolongado redoble interrumpió aquel sueño placentero y reparador. Todos de pié y á formar, era la voz de mando que los infelices oyeron al despertar.

La banda de música fué despachada á Palermo quedando los soldados á esperar su regreso.

A la hora indicada, penetró Carrasco en la habitacion del tirano. El monstruo dormía teniendo en la cabeza un gorro blanco que hacía ridícula su figura.—Le llamó una y dos veces sin lograr respuesta; parecía profundo su sueño. Al tercer Excelentísimo señor del escribiente, abrió Rosas los párpados, y entre bostezos y restregones de ojos, dijo: «Qué hay ¿ocurre novedad?»

—«Ninguna, Excelentísimo señor—respondió el jóven. La banda de música está ya aquí, y como vueselencia me ordenó que le despertara á las tres para examinarla, he venido á cumplir la órden de vueselencia.—Está bien ¿Han traido los músicos sus papeles?»

—«Los han traido, Excelentísimo señor.»

—«Pida, entónces, al maestro su cuaderno y traígamelo.»

Así lo hizo Carrasco.

Rosas tomó el cuaderno y comenzó á hojearlo, deteniéndose en sus páginas como que las enten-

dia y las leía. Aquello era peor que griego para él: no se daba cuenta de una nota, pero hacía todo el aparato de un músico entendido.

—«Diga V. que toquen esta pieza»—dijo al fin, señalando la que tenía por título *Tambor de Palermo*; y agregó: «Y V. traiga aquí una mesa y recado de escribir para anotar mis observaciones á la ejecucion.»

Cuando la banda dió principio, Carrasco estaba sentado delante de su mesa con el papel estendido y la pluma mojada en la mano, listo para cazar al vuelo la crítica musical del *Restaurador de las leyes*.

Rosas aparentaba escuchar la pieza con toda la contraccion de su espíritu.

«Malo, malo—dijo al corto rato. ¿No lo ha notado Vd? Ese *bajo* ha tocado muy alto y ha perdido un compaz.»

Ni Rossini que hubiera sido Carrasco, y por irreprochable que hubiera estado el bajo, no habria podido dar otra contestacion que la del escribiente. «Efectivamente, excelentísimo señor.»

«Pues, anótelo vd. y ordene que dejen esa pieza y que toquen un *Federal*.»

Carrasco anotó: «En la segunda parte del *Tambor de Palermo*, el bajo tocó muy alto y perdió un compaz».

Luego salió á cambiar de pieza.

Se oyó el *Federal*. Los músicos, sospechando

algo, ponian sus cinco sentidos para desempeñarse bien; pero no podían agradar al que resistía á ser agradado.

—«Esto es insoportable—esclamó Rosas. ¿No lo nota vd? Esa flauta suena muy mal.»

—«Vuecelencia tiene sobrada razon»—respondió el escribiente.

—«Pues anótelo vd. y ordene que dejen esa pieza y que toquen *la Marcha de los restauradores.*»

Carrasco volvió á escribir: «En el *Federal* la flauta suena muy mal»—repitiendo su salida.

Tampoco anduvo bien el clarinete en la *Marcha de los restauradores;* y observándose el formulario ya referido, Carrasco hizo su tercer apunte: «El clarinete chilla mucho en la *Marcha de los restauradores*».

El figle perdió un tiempo en un minué; los platillos chocaron sin limpieza en un wals dedicado á Manuelita; y el contrabajo superaba indebidamente á los demás instrumentos. Así, á lo menos, opinó é hizo constar Rosas.

A las cuatro y media terminó el exámen, siendo despachados los músicos sin ninguna reprension.

Pero Carrasco recibió órden de trasmitir á Hernandez, en la carpeta, las anotaciones íntegras que había tomado, manifestándole que su exelencia, el señor gobernador, estrañaba mucho el

atraso de la banda y que amonestase sériamente á los operarios.

—«Este hombre es un prodigio: entiende de todo—fué la esclamacion de Hernandez al recibir la carpeta.—No es posible engañarle. Qué cabeza la suya y que consagracion á todo! ¿Quien habría soñado qué el heróico defensor de la federacion y de la independencia americana se ocuparía un solo instante de la banda de música? Y con qué minuciosidad y con qué talento!»...

Por este órden peroró Hernandez un buen rato delante de sus oficiales y de su tropa, quedando todos convencidos de que Rosas era tan buen músico como gobernante, guerrero, patriota, todo, en una palabra.

Cuando terminó sus reflexiones y laudatorias, llamó al ayudante del cuerpo y ledijo:—«Mande V. pegar *veinte y cinco* azotes, con lazo, al bajo, al flauta, al clarinete, al platillo, al figle y al contrabajo de la banda para que otro dia sepan tocar.»

Minutos despues, los ayes y los gritos de los inocentes é infelices músicos provocaban la riza y la algazara de los adulones. Era la síntesis de la crítica musical de Rosas.

Hernandez descargó su conciencia participando al *Restaurador* la manera cómo había *amonestado* á los haraganes operarios.

«No era para tanto»—dijo Rosas, sonriendo, al

leer la carpeta que el coronel devolvió informada. «Lo que yo quería era solamente probar que de todo entiendo y que nadie es capaz de engañarme.»

Hé aquí al tirano en toda su desnudez: un farzante de corazon de hiena.

EL PREMIO DE UN CRÍMEN

HABIAN sido derrotados en Chascomús los revolucionarios del sur de Buenos Aires, que juraron en la plaza de Dolores derrocar al tirano Juan Manuel Rosas ó morir peleando contra él.

El coronel Pedro Castelli, comandante en jefe de los patriotas, escapó de la matanza, que siguió al desastre, abriéndose paso por entre la turba que le rodeaba. Acosado por partidas perseguidoras y cortado de los grupos de sus tropas, tomó rumbo hácia el Monte Grande acompañado tan solo de su fiel negro Gavino.

Ocho dias despues del fatal acontecimiento, marchaba Prudencio Rosas en direccion al puerto del Tuyú, donde sabía que se hallaban reunidos centenares de ciudadanos dispuestos á emigrar, y el movimiento de su columna se hacía costeando el monte que guardaba á Castelli. Una de las partidas flanqueadoras penetró desordenadamente en el bosque, caminando los soldados en distintas direcciones, y dos de ellos hallaron

un hombre sentado sobre el tronco de un árbol en actitud pensativa. Era Castelli. No le conocian; lejos estaban de imaginarse quién era; pero, con la sola sospecha maligna de que pudiera ser *salvaje unitario*, se lanzaron sobre él, le derribaron herido, y, cuando de sus lábios supieron su nombre, el santiagueño Juan Duran le degolló separando completamente la cabeza del tronco para luego presentarla á Prudencio Rosas, como lo hizo. Registrado el lugar fué encontrado y prendido Gavino.

La division hizo alto para festejar el crímen y celebrar la *hazaña* del criminal. La cabeza, prévio reconocimiento, fué exhibida á toda la tropa, y escupida y golpeada pasó de mano en mano en medio de salvaje algazara.

Duran, el *héroe* de aquella caníbala fiesta, fué en el acto promovido á Sargento y obsequiado con una buena suma de dinero.

Harto de ensañarse en el despojo miserablemente arrancado, Prudencio Rosas remitió la cabeza al comandante de Dolores, para que la clavara en un palo en la plaza del pueblo; y allí estuvo hasta que la robó y ocultó piadosamente la correntina Francisca Gutierrez.

Juan Manuel Rosas quiso perpetuar el recuerdo del salvajismo de su tiranía, colmando de favores al asesino de Castelli y haciendo inscribir su nombre al lado del de los guerreros mas escla-

recidos á quienes la patria dispensó gracias en la vejez ó á cuyos hijos salvó del hambre y de la miseria con pensiones que retribuian los servicios de sus progenitores.

El asesino Juan Duran fué reconocido en su grado de Sargento y recibió, como premio, media legua de campo, cien cabezas de ganado vacuno y doscientas lanares; y á su muerte, ocurrida en 1842, el tirano acordó á su viuda, Rita Marquez, la pension mensual de *doscientos pesos*—suma enorme para la época y para un sargento:—y en el libro en que figuraban como pensionistas militares las viudas é hijos de soldados ilustres, hizo inscribir la siguiente partida:

«*A Rita Marquez, viuda del sargento Juan Duran, que cortó la cabeza al salvaje unitario Castelli..... 200 pesos*».

Esta inícua consagracion del crímen está aun manchando con sangre el *Libro de pensiones* del gobierno Argentino. El folio 182, que lo contiene, debe ser arrancado.

JOSÉ MARIA DURAN

ERA el español don José Maria Duran uno de los mas acaudalados comerciantes de Corrientes durante los primeros años del presente siglo. En el barrio de la Rozada, sobre el rio, tenía un grande y completo taller de construcciones navales, en el que trabajaban muchos esclavos de su propiedad y tambien hombres libres; buques y hermosísimas embarcaciones menores de su propiedad navegaban los rios Paraná y Paraguay, conduciendo á los puertos de abajo (como entónces se decía) los productos paraguayos y correntinos, y llevando de retorno mercaderias generales de comercio, europeas las mas; una casa mercantil de artículos navales completaba la colocacion de su capital en giro.

Los hábitos tranquilos de Duran y su consagracion absoluta á los negocios le tenían alejado de las intrigas y rencillas políticas de la localidad, siempre fecunda en ellas, muy especialmente despues de las invasiones inglesas y de la ele-

vacion de Liniers, pues entónces se dividió en dos bandos la poblacion, siguiendo la corriente de Buenos Aires, y no pasaba dia ó noche sin ocurrir un desagrado formal ó un escándalo entre personas de viso ó agrupaciones de ideas políticas encontradas. Duran no oia ni veia nada. Tenía, seguramente, sus opiniones; pero no las echaba como la generalidad en los platillos de la balanza política.

Ese hombre, sin embargo, fué el primero y el mas decidido partidario que la REVOLUCION DE MAYO tuvo en Corrientes entre los europeos. El grito de libertad repercutió tan admirablemente en su alma que trasformó radicalmente al hombre. Mientras sus connacionales murmuraban y criticaban el nuevo órden de cosas, para luego conspirar contra él, Duran consagraba su persona y sus bienes á la reaccion operada en un suelo que no era el suyo y por hombres hasta entónces mirados y tratados como inferiores á los peninsulares. De ese modo, lo que podía recomendar á un americano ante la gratitud póstuma, era en él de muchísimo mas mérito, porque espontáneamente abrazaba con entusiasmo la causa que iba á fundar una nacionalidad independiente de la suya y á la que se incorporaba de lleno desde los primeros dias, cuando la revolucion tenía sobre su cabeza las garras poderosas del leon

ibérico, siendo mas probable su derrota que su triunfo.

¿Que pudo haber movido á Duran para asumir esa actitud? Ni la ambicion política, ni el anhelo de las riquezas; pues no conocía aquella y, para su residencia y para sus gustos y necesidades, era rico. Pura y esclusivamente obraron en su resolucion su claro sentido práctico y su cariño al suelo en que vivía No procedió por cálculo sino por convencimiento. Mas tarde ó mas temprano debía vencer la revolucion, porque era el resultado de fuerzas morales que actuaban sobre la sociedad colonial para rejuvenecerla y trasformarla; y en aceptarla y servirla desde su aurora daba prueba de madurez de criterio. Los mismos que la combatieron fueron á ella despues, y á fe que sirvieron á la nueva nacion como distinguidos cindadanos.

Apenas llegado Galvan á Corrientes, en reemplazo del comandante de armas Fondevila, dió principio al alistamiento y recoleccion de armas en la jurisdiccion, á la organizacion de las milicias, á la preparacion de la defensa del territorio amenazado por los recalcitrantes paraguayos; pero poco se había logrado tener, por la pobreza, cuando el general Belgrano abrió su campaña del Norte. Los esfuerzos se redoblaron entónces y nada faltó, felizmente, para que la espedicion libertadora fuera perfectamente socorrida en cuanto

necesitó. En esos empeños tuvo Duran una activa y eficaz participacion. Dió armas, pólvora, plomo, dinero, operarios para trabajos, buques para trasportes, cañones y pedreros que tenía.

Urgido Galvan por Belgrano para que adiestrara pronto los ochenta pardos artilleros organizados á indicacion de Blanco, hallóse sin tener piezas que dar al referido piquete, pues los cuatro insignificantes y viejos cañones que había carecian de montaje. «Yo me encargo de allanar el obstáculo», dijo Duran al teniente gobernador; y poniendo á disposicion de la patria sus talleres, madera y el fierro necesario, y haciendo trabajar á sus operarios herreros y carpinteros bajo su direccion, en pocos dias montó las cuatro piezas y construyó los armones correspondientes para las municiones. Los artilleros quedaron así habilitados para marchar al ejército ó defender la ciudad y los pasos del Rey y de Ytatí.

Nuevamente apurado Galvan para que mandara embarcaciones al paso de Candelaria, á fin de vadear el ejército el rio Paraná, Duran llenó el vacio de la carencia de ellas entregando espontáneamente sus chatas artilladas, únicas que marcharon y que fueron tomadas por el enemigo antes de llegar á su destino.

No tardó en pagar caro su patriotismo. Los *sarracenos* de Corrientes lo delataron á los paraguayos, y cuando estos se apoderaron de la

capital, por sorpresa, en dos ocasiones, saquearon completamente la casa de Duran y se llevaron su famoso buque la *Itaty*, tazado en *trece mil duros*, y once esclavos de distintos oficios; montando el perjuicio total que le hicieron á la cantidad de *veinte y un mil duros*. Duran escapó por haber huido á la campaña, refugiándose en el campamento de Añasco y Galvan en las Ensenadas.

Cuando la escuadrilla española atacó á Corrientes, el año 1811, Duran franqueó ciento veinte carradas de piedra para la construccion de las baterías que se improvisaron en la *Casillita* y *Punta de San Sebastian*, una partida de ricos machetes, pólvora y balas de cañon; y el dia del combate estuvo comandando voluntariamente una de las baterías, sirviéndole de artilleros sus esclavos y operarios. Suplió, además, con todo el hierro necesario para montar un cañon.

Despues, habiéndosele devuelto, casi destruido, su buque la *Itaty*, lo refaccionó y puso al servicio del gobierno, cediendo á beneficio del Estado la suma en que se estimó el arrendamiento.

Todos estos servicios y otros, que sería largo enumerar, unidos á las mortificaciones sufridas y á la estrechez de recursos que le acarreó su patriotismo, fueron relatados y recomendados al gobierno general por el síndico de ciudad don

Francisco de Paula Araujo y por el teniente gobernador Luzuriaga, para que Duran quedara esceptuado de la órden de estrañamiento de la provincia dada contra los españoles. El gobierno tuvo especial complacencia en reconocer los méritos de Duran. El, entónces, solicitó carta de ciudadania argentina; el ejecutivo nacional lo recomendó á la Asamblea del año 1813; y por sancion de este cuerpo quedó ciudadano argentino por derecho el que por hechos merecía serlo como pocos.

Cuando la historia ha recojido acciones menos importantes que las de Duran, bien merece el recuerdo del nóble viejo esta página de crónica.

EL CARRETERO DE BELGRANO

DIFICULTOSA era la situacion del general Belgranò en Curuzú-Cuatiá para hacerse de los elementos suficientes de trasporte que necesitaba para la mas segura y fácil conduccion del parque de su ejército en marcha sobre el Paraguay. Las carretillas y cargueros que había llevado de la Bajada eran pocos y malos, y las carretas que reunió no se hallaban en estado de soportar los largos y pésimos caminos que debian recorrer.

Cuando el General se preocupaba de dar pronta solucion al inconveniente, presentósele voluntariamente el paisano correntino Juan José Borda y le pidió un puesto en servicio de la patria, *en cuanto se le quisiera ocupar.* El vehemente deseo de Borda era contribuir de algun modo al sosten de la revolucion, sin preguntar ni querer saber dónde ni cómo, y sin retribucion laguna. Para todo se animaba y estaba listo en su

esfera humilde, y por gracia inestimable tenía el que fuera aceptada su espontaneidad.

Belgrano le complació en el acto; y como por él supiera que era entendido en la construccion de carretas, oficio del que necesitaba en aquellos momentos, destinóle con satisfaccion al trabajo de reparar y preparar los trasportes.

Borda consagró toda su habilidad y todo el vigor de su robusta naturaleza á un pronto y cumplido desempeño, terminando su tarea en poco tiempo. «El fué—decía Belgrano—el que arregló toda la madera para la carretería del ejército.»

Durante la campaña, marchó siempre al lado del General, «manifestando su patriotismo y su celo de un modo propio, y desempeñando cuantos cargos se le dió.» Era carretero, era baqueano, servía de chasque, y en los pasajes de los rios era un insuperable guiador de las pelotas de cuero en que se trasladaban las municiones, las armas y aun los soldados que no sabian nadar. A él confiaba Belgrano sus mas urgentes é importantes comunicaciones á la Junta Gubernativa, siendo una prueba de su actividad esta afirmacion del General: «Desde el paso de doña Lorenza, en el Tebicuary, lo despaché con pliegos para la Junta, y á su regreso me halló aun en el Tebicuary.»

Borda se mantuvo en servicio del ejército

hasta que Belgrano dejó el mando, *sin que hubiese percibido ni pedido auxilio de ninguna clase á la patria.* Era, sin embargo, un padre de familia que vivía de su trabajo personal y que necesitaba no perder un minuto. Por ser útil á la patria olvidaba á los suyos. Qué tiempos! Cuando su General bajó á Buenos Aires, Borda solicitó permiso para visitar á su familia.

Su esposa y sus hijos habian sido dignos de él. La madre trabajaba á reventar, ocupando el puesto del patriota ausente, y aunque la escasez fué siempre el estado normal de su hogar, ni esposa ni hijos hablaron á Borda de sus penalidades. Llenos de alegría por el regreso del esposo y padre enaltecido con sus servicios, compensaron las mortificaciones pasadas con el placer de las narraciones de la campaña.

El cuadro del hogar era, empero, tristísimo, y no pudo menos Borda que ceder á sus afecciones de padre una parte de su patriotismo ciego, que todo abandonaba. Era indispensable su permanencia al lado de los suyos so pena de que perecieran. Combinó, entonces, sus deberes y pidió á la Junta Gubernativa que el teniente gobernador de Corrientes le diera colocacion en una plaza militar, «en cuyo puesto pensaba hacer mayores servicios». Así atendería de cerca á su menesterosa familia sin quedar huérfano su corazon del amor patrio que le consumía.

La Junta Gubernativa, por órgano de su secretario de gobierno, ofició al teniente gobernador Galvan en los siguientes honrosísimos términos: «Los acreditados servicios de don Juan José Borda *le hacen acreedor al aprecio del gobierno, y á que le recomiende encarecidamente á Vd.* para que le coloque en clase de oficial de esa guarnicion, acreditando de este modo que no quedan sin premio los buenos servidores.»

La sola recomendacion colmó la modesta ambicion de Borda, si ambicion cabía en su alma sencilla y desprendida. ¿Qué mas podía esperar en su ínfima esfera el pobre carretero y chasque de Belgrano? El alto poder que dirigía la nave revolucionaria como encarnacion genuina del sentimiento y de la aspiracion nacional, que nacían, bajaba hasta él, humilde campesino, para proclamar su patriotismo. Por eso, cuando sus amigos le felicitaban por su ascenso en la milicia, solía decir, enseñando una copia de la nota del secretario de la Junta, que siempre llevaba como objeto sagrado:

«Esto es lo que vale, por que lo tienen pocos.»

CAUSERIE

URQUIZA

La personalidad del general Urquiza es la que mas se presta á ser trasparentada con la narracion sencilla de anécdotas y hechos insignificantes de su vida. Todas la faces de su carácter, todos los defectos y todos los vicios de su ser moral, toda la verdad de sus tendencias y propósitos políticos tienen acabada comprobacion en los actos, frases é ímpetus que, en general, no recoge la historia pero que la crónica guarda, sino para ilustracion, para pasar tiempo, al menos.

Era Urquiza jóven comerciante de poco capital, insignificante y desconocido, cuando el gobernador Solas fué derrocado en Entre-Rios por una revolucion, el año 1830. Figuró en el movimiento como capitan de milicias y unitario de opinion.

Lopez Jordan, jefe del levantamiento, vencido poco despues y ademas traicionado por el coronel Espino, tuvo que emigrar al Estado Oriental, acompañado de muchos partidarios, siendo de este número Urquiza.

Hallándose de paso en el Salto, en aquella época, el general Lavalle, pidió Urquiza al comandante Joaquin Baltar que lo presentara al ilustre proscripto, pues le quería sin conocerle; y, como fuese satisfecho en su deseo, hizo al General exageradas protestas de adhesion personal y política.

¿Era aquel su verdadero sentimiento?

Lavalle no lo creyó asi. « En adelante—dijo á Baltar el dia siguiente—no me presente Vd. hombres de esa clase. El tal Urquiza debe ser un pillo: no me entra su facha ».

No tardó en producirse la confirmacion del juicio de Lavalle.

El mismo Espino, que con su traicion precipitó el fracaso de la revolucion entreriana, derrocado á su vez, pretendió que los emigrados le ayudasen para reconquistar el poder. ¡El traidor buscando la proteccion de los traicionados!

Solo Urquiza y uno que otro insignificante como él reputaron lícita aquella cooperacion, y contra la negativa rotunda de sus principales amigos, repasaron el Uruguay para ser derrotados

vergonzosamente y tomados prisioneros por las tropas del gobierno.

Mandado preso á Santa Fé, buscó Urquiza el recostadero de Echagüe, candidato á la sazon al cacicazgo de Entre-Rios, por que era el sol que iba á brillar en su provincia, importándosele muy poco lo que hasta la fecha fuera. Y no erró el golpe. Nombrado Echagüe gobernador de Entre-Rios, lo pidió y lo llevó consigo á Buenos Aires para que Rosas confirmara su reciente ciudadania federal.

Rosas le pegó un buen susto como obertura de relaciones; pero, luego de calarle y ver que era pasta de instrumento, le dió buenas lecciones y le largó perfectamente preparado.

En 1860, aludiendo á su traicion política, le decía al general Mitre: «Yo tambien he sido unitario. Y sabe Vd. por qué me hice federal? «*Por que no me gustaban los gringos*».

En 1830 no había cuestion de *gringos* en la República Argentina; era, pues, falso el motivo buscado para disculpar su claudicacion. Es que Urquiza no procedió jamás por convencimiento sino por conveniencia, y lo que mostró como persuacion fué siempre, en el fondo, notoria falsedad.

Urquiza era un rencoroso como tal vez no haya otro; muchas, sino todas sus crueldades, tuvieron

por causa una venganza personal. Hizo fusilar en el Riachuelo al coronel Cárlos Paz por que este respondió á un emisario suyo, que le propuso retirarse de Madariaga, lo siguiente: «Moriré en mi causa». Hizo matar al coronel Chilavert por que le contestó, por intermedio de un agente secreto: «Soy hombre de palabra y de honor.»

Cuando ejercía la comandancia militar en Arroyo de la China, mandó estirar cierto dia á un pobre negro sobre un cañon, en la plaza, y, sin delito ni culpa alguna, ordenó que le pegaran quinientos azotes. La víctima fué recojida desmayada y llevada en un poncho al cuartel.

Don Joaquin Hornos (que vive) hermano del general, amigo particular de Urquiza y condiscípulo suyo en la escuela, pasó casualmente por la plaza cuando el negro era azotado, y la primera vez que, despues de ello, vió á su amigo, le reconvino amistosamente por el hecho.

—«*Ese negro es un pícaro*—fué la contestacion de Urquiza.—*Cuando yo era chico me quitó un barrilete y me pegó un guantón.*»

Urquiza era muy malo; pero muchas de sus iras y muchas de sus iniquidades eran estudiadamente producidas para dominar por el terror.

En la comandancia militar de arroyo de la

China se impuso á fuerza de atropellos y torturas; matar y azotar era la consigna de su autoridad.

—Por qué haces tantas barbaridades, Justo—le decía un dia don Joaquin Hornos—cuando la odiosidad de ellas no cáe sobre el gobierno sino sobre tí?

—«No seas zonzo—respondió él—*yo tengo otro mas fuerte que el de aquí á quien le gusta lo que hago, y verás lo que he de conseguir asi*». Iba á Rosas.

¡Qué conciencia y qué ideales!

La sumision mas absoluta á su voluntad y á sus caprichos imponía á todos; y cuando daba con hombres altivos, probaba la firmeza de ellos con esquisita astucia, enmendando con zagacidad la parte irritante de la prueba, simulando chacota, si aquella salía mal.

Un dia se propuso hacer bajar la cabeza al coronel Galarza, hombre de fibra, y tras denuestos, que el otro oyó silencioso, le dijo:

—«*Lo mandaré degollar!*»

—«Eso será un poco dificil, mi general», le respondió «el tuerto» con mucha pachorra.

Y bastó para que de golpe cambiara de tono el iracundo señor y replicara risueño:—«¿A que te has enojado con mi broma?»

Conocía el temple de Galarza, y, ademas, necesitaba de su lanza. Por eso, fallida la prueba, ¡la echó á broma!

Cuando realmente se enfurecía, se ponía como una fiera.

El dia del pasaje del Paraná por el ejército que venció en Caseros, las divisiones correntinas se echaban al rio como tabla y lo vadeaban á nado en medio de cantos y de vivas, sin perder una *calcha*; pero los entrerrianos, favorecidos con canoas y otras embarcaciones, daban mucho trabajo sin poder llegar ni á la isla próxima á la costa del embarque. Urquiza estaba como loco de furor, no tanto por el retardo del pasaje como por que *sus* entrerrianos *no veian ni el polvo* á los correntinos. Situado en una punta, solo, con su estado mayor á cierta distancia, vociferaba é insultaba como un enajenado, fiero como una pantera herida.

En aquella situacion llegó el comandante Bartolomé Mitre á pedir el secretario Angel Elia que lo anunciara al general.

—«No me animo»—le dijo el secretario—«¿No vé vd. cómo está? En estos momentos es capaz de hacernos fucilar á los dos.»

Mitre, que ignoraba á lo que se esponía, adelantóse y llegó hasta él. Miróle de tal manera que el joven comandante comprendió que su

cabeza estaba en peligro; pero ya se hallaba comprometido.

—«General:—le dijo—el general Pirán no me ha entregado aun las baterías que vd. ordenó fueran puestas á mi mando.»

—«Está bien»—seco y temible, fué la respuesta; y con otra mirada hizo entender al osado que se retirase.

Respetó tal vez la cabeza del comandante Mitre por capricho de la fortuna; otro no escapara.

Años despues, el mismo Mitre presenció la reproduccion de aquella escena de furor en San José.

Paseaban á caballo Mitre y Urquiza por los alrededores de la afamada residencia rural ya nombrada. Urquiza no se fijó en que su montado iba á pasar sobre el cabestro de un caballo á zoga; y, en momentos que lo hizo, tiró el animal que pastaba, sintió la cabalgadura el cabestro entre las piernas y dió unos cuantos brincos que hubieron de tumbar al general.—Tan luego como pasó el susto del percance, lívido el rostro, pasado de ira, comenzó á gritar y á amenazar de muerte al dueño del caballo. En eso sale de una carpa el coronel Quintanilla, *el del delito*, y se le encaró tratándole de ladron, de pícaro, de asesino. Cansado de insultar y de amenazar al pobre hombre, que se deshacía en esplicaciones, terminó la escena de vergüenza diciéndole á Mi-

tre:—«Vea vd: para que estos libertadores ladrones de las vacas de Buenos Aires no siguieran robando, hice con vd. la paz.»

Si no está presente Mitre, Quintanilla «no cuenta el cuento.»

Urquiza sabía dominarse cuando se le ganaba de mano, y tenía habilidad suma para salir de las dificultades así surjidas.

Es sabido que las primeras elecciones hechas en Buenos Aires despues Caseros fueron de atentados y violencias, por que las tropas vencedoras pretendieron imponer la voluntad del general en jefe.

El entónces coronel Bartolomé Mitre publicó un fuerte boletin contra los perpetradores de los escándalos, boletin que irritó estraordinariamente á Urquiza. En la tertulia de este fué muy comentado y fulminado, repitiendo mas de una vez el general:

—«Donde lo encuentre á ese mozo (Mitre) lo haré degollar por la nuca».

No faltó quien trasmitiera la amenaza al amenazado, con todas las agregaciones de la gravedad del caso.

El siguiente dia, muy temprano, montó Mitre á caballo y se dirigió á Palermo á visitar á Urquiza. Si mas tarde le mataría, aquel era el

único modo de salir de la duda y hasta de escapar.

Cuando pidió á Elia que lo anunciase, le dijo el secretario.

—«Entre; el general le espera. Le vió venir y me ordenó que le hiciera pasar tan luego como llegase».

Urquiza le recibió risueño y afable, como pocas veces.

—«General—le dijo Mitre—sé que está vd. enojado conmigo....

Y no pudo continuar por que aquel le interrumpió:

—«No, hombre! Vea: de eso estábamos hablando con Elia, cuando le ví venir; acaloramientos mios, zonzeras; no haga caso; ya sabe que somos amigos.—La verdad es, sin embargo—añadió—que su boletin me ha tratado mal por que me llama caudillo».

—No me he particularizado con el señor general—contestó Mitre—Reconozco que V. E. es el libertador de la República y solo deploro que en nombre de su victoria hayan pretendido algunos caudillos repetir los hechos contra los cuales se ha producido el gran acontecimiento que ha salvado á la República.

Urquiza calló.

En ese momento entraron Mármol, Pico y otros, que con ambos formaron rueda.

El general tomó la palabra en el acto por que necesitaba dejar mas airosa su situacion despues que Mitre le desarmó con su presentacion y le detuvo el resuello con sus palabras. Por algun lado tenía que reventar no pudiendo ya decir nada de Mitre; y lo tomó por su cuenta á Sarmiento, pegándole soberana tunda. En lo mas ardoroso de su desahogo, le dijo Mitre:

—«Señor general: ¿me permite una palabra?»

— «Hable, amigo» —le contestó.

—«Es únicamente para advertir á V. E. que Sarmiento es mi amigo».

Urquiza se levantó, y, estrechándole la mano, le dijo:

—«Así me gustan los hombres! Si vd. no fuera así no sería mi amigo».

Pero, al volver á sentarse, puso punto final á todo el incidente con esta espléndida salida:

—«La verdad es que Sarmiento no es malo; *pero es loco*».

El futuro historiador argentino resolverá con pruebas, que hoy no pueden ser aun estudiadas, el problema de si Urquiza se levantó contra Rosas con el propósito de organizar constitucionalmente el país; algunas anécdotas del personaje establecen, en la crónica de la época, que no pensó en tal hecho.

El dia siguiente de la llegada de Paunero y

Mitre al ejército libertador, se hallaban reunidos en la carpa del general en jefe los dos nombrados, Sarmiento, Elia, Segui y otros hombres ilustrados, y hablaban de alta política con la competencia de sus respectivas ilustraciones y el anhelo patriótico que á todos dominaba; formas de gobierno, constituciones, congresos, historia institucional de pueblos libres y cuanto al asunto principal se refería eran pasados en revista para establecer lo que mas convenía implantar en la República despues de la victoria, que todos reputaban segura. Urquiza les oia callado y paseándose; no podía terciar en la conversacion por que esta superaba á sus fuerzas. Ya por que le afligiera el encontrarse á oscuras ó por que deseara dar tambien su opinion, interrumpió al que hablaba sobre el gobierno parlamentario, diciendo:

—«Qué congreso! *cuando yo entre en Buenos Aires haré ahorcar á unos doce ó catorce y quedará todo concluido*».

Con semejante programa *constitucional*, terminó la teorizacion de los patriotas.

Se abrió la campaña con el pasaje del Paraná y se alcanzó los primeros triunfos sobre Rosas.

Adelantada la solucion de la guerra debió tambien adelantar Urquiza en su cabeza la solucion institucional que pensaba dar. Pero, ¡que! Eso era griego para él.

Hablando con su mayor general, el gobernador de Corrientes, le decía un dia:

—«Todos creerán que mi preocupacion constante hoy dia es lo que debo hacer despues que voltee á Rosas; pero yo no me acuerdo de eso: *en lo que pienso es en Dolores*». 1

Venció en Caseros y se instaló en Palermo, como si le embriagara la atmósfera de sangre de aquella mancion del crimen.

Pensó en la constitucion del país?

Paseaban juntos por los corredores de Palermo coronel Bartolomé Mitre y el doctor Francisco Seguí, secretario de Urquiza; éste se hallaba á cierta distancia, aparentando no atender á lo que hablaban.

—«Sabe vd., mi amigo, lo que yo haría con estos candillos?—dijo Seguí. Les cortaría la cabeza con un sable sobre un libro. ¿Que le parece el simil?»

Urquiza lo había oido, pero calló. El siguiente dia llamó á Seguí y le mandó redactar el famoso decreto imponiendo de nuevo el cintillo punsó.

«*Haga eso, eh! que esa divisa es la libertad—le dijo para que los salvajes unitarios no anden embromando con sus libros y constituciones.*»

Urquiza no tenía la mas remota idea de cons-

1 Referencia del coronel Cayetano Virasoro al doctor don Juan E. Tovreut.

tituir la República; no se daba cuenta del gobierno regular por que carecía de preparacion intelectual para ello y su escuela era la de los caudillos de la federacion y su aspiracion mandar en la República como había mandado en Entre-Rios. Miraba la reunion del congreso como una nube negra preñada de desgracias para él. Los sucesos lo arrastraron á su pesar. Si no hubiese ocurrido la Revolucion de Setiembre de 1852, no habría consentido en la modificacion de la dictadura que en su persona creó el acuerdo de San Nicolás. Carril, Gutierrez, Gorostiaga y otros le persuadieron de la necesidad de reunir un congreso constituyente como medida política para desarmar ó desautorizar la resistencia de Buenos Aires.

Como militar, Urquiza no tenía mas cualidad que la sagacidad unidad á la rapidez de los movimientos: herencia de Artigas y Ramirez: copia de la habilidad guerrera del indio pampa ó chaqueño. Las batallas que ganó no las obtuvo por estrategia ni por el valor, sino por superioridad de elementos, por peso bruto abrumador. Por eso huyó como aterrado en Ybahay; y por eso, tambien, la primera vez que se encontró con tropas regularmente organizadas, como en Cepeda y Pavon, escolló toda su pericia de general.

En Cepeda, cuatro mil y pico de soldados del

ejército de Buenos Aires quedaron dueños del campo de batalla siendo de quince mil hombres el ejército de Urquiza. La falta de municiones impidió á Mitre atacarlo y vencerlo en la noche; las tropas federales estaban desorganizadas, dispersadas y acobardadas.

—«*Si esa noche nos encontramos*—decía despues á Mitre—*hubiera hecho la paz con vd*».

Urquiza era debil para cumplir sus compromisos. Faltó á Madariaga cuando los tratados de Alcaráz y faltó á su opinion comprometida antes de Pavon.

En presencia de los ministros estrangeros que mediaron para avenir á la Confederacion y Buenos Aires, Urquiza y Mitre celebraron una conferencia. El gobernador de Buenos Aires habló largamente sobre la conveniencia de la paz, despues de allanar las dificultades que pudieran surgir de la cuestion contingentes y subsidio pecuniario que Buenos Aires debía dar; y antes que ninguno tomara la palabra, interrogó á Urquiza en la forma siguiente:

—«¿No piensa del mismo modo, general Urquiza?»

—«Despues de lo que hemos escuchado—dijo—*digo que seriamos unos criminales sino hiciéramos la paz*».

La paz, sin embargo, no fué celebrada. La impuso Pavon.

Y ya que de Pavon hemos hablado: Pavon, tumba política de Urquiza y pedestal de Mitre, terminemos nuestra charla verídica con una anécdota que pronosticó el resultado de Pavon en 1852.

El dia 4 de febrero de 1852 fueron á saludar y felicitar al general Urquiza, por la victoria de Caseros, el coronel Wenceslao Paunero, el teniente coronel Bartolomé Mitre y el comandante (hecho por un sastre de Montevideo) Domingo Faustino Sarmiento; Mitre debía dirijir la palabra al general. Hecho el cumplimiento correspondiente, Urquiza contestó:

—«Este gran triunfo se debe á los jefes distinguidos, como el *coronel* Mitre, que me han acompañado»....

Y dirijiéndose al secretario Elia, agregó:

—«Estienda vd. los despachos correspondientes al señor coronel Bartolomé Mitre.»

Para Sarmiento y Paunero, nada: apenas una mirada atenta.

Al retirarse los tres, caminaron cerca de cuatro cuadras sin hablar una palabra; los desairados iban picados y Mitre, que lo comprendía, respetaba el silencio de ellos. Al fin esclamó Paunero, dirigiéndose al último:

—«Yo veo que este general Urquiza lo distingue mucho á vd. y no sabe que vd. es el que lo va á.... embromar» (lo dijo en criollo).

Era el pronóstico de Pavon.

ÍNDICE

	Página
La Melchora	3
Una comedia ó la vida	10
Cristo y Ante Cristo	16
Las cabezas de los hermanos Escobar	23
Un libro condenado al fuego	31
¿Un presagio?	39
Fiestas públicas de antaño	43
Una entrada al interior del Chaco	61
Una víctima de los Jesuitas	67
Fray Luis Beltran	74
Los palos de Alvear	81
Pilon	86
Las vacas de la vírgen	96
Las prendas de Andresito	109
Una factura de importacion jesuítica	114
La Dragona	119
El tigrero	123
Una indirecta de Rosas	131
Rosas, músico	138
El premio de un crímen	145
José Maria Duran	148
El carretero de Belgrano	154
Causerie	158

3 2044 004 484 713